PIO BAROJA

LA CASA DE AIZGORRI

NOVELA



BIBLIOTECA POPULAR · UNA PESETA

RENACIMIENTO

LA CASA DE AIZGORRI

PÍO BAROJA

:: LA CASA :: DE AIZGORRI

NOVELA EN SIETE JORNADAS



MADRID
RENACIMIENTO
SOCIEDAD EDITORIAL ANÓNIMA
Pontejos, 8.
1911



LA CASA DE AIZGORRI

I

Una mañana de primavera húmeda y tibia.

En el vestíbulo de la casa, un cuarto destartalado, irregular y bajo de techo. Agueda cose y Melchora hila. Apenas si cambian entre las dos alguna que otra palabra en vascuence.

Agueda está sentada cerca de la ventana, se inclina hacia la costura y apoya los pies en un taburete pequeño. Esbelta, delgada, algo rígida en sus ademanes, como es, parece evocación de las imágenes religiosas de la antigua Bizancio. Su tez pálida, sus párpados caídos, su sonrisa de ensimismamiento, fuerzan á la imaginación á suponer alrededor de su figura una flor de lisa-

da aureola, como la de las vírgenes de los medioevales retablos.

Viste blusa clara, falda negra y un delantalillo azul, con peto y tirantes planchados, que parecen alas de mariposa.

Sin moverse de la silla toma la ropa blanca de un cesto que tiene al lado, la extiende en el aire para mirarla al trasluz, y después de alisar la tela sobre la falda, comienza á coser, y sus dedos, largos y delgados, se apelotonan al clavar la aguja, y al retirarla y estirar el hilo, queda el dedo meñique erguido y derecho.

Melchora es un tipo vulgar de las mujeres viejas del país vascongado; viste de negro, tiene la nariz puntiaguda y la barba prominente. Está sentada junto á la mesa de pino que hay en el centro del cuarto. Sus dedos, arrugados y secos, hilan de prisa el blanco lino que se apelotona en la rueca, y el huso gira en el extremo de la retorcida hebra en vertiginosas vueltas. A los pies de Agueda está tendido un mastín con el pelo amarillento y erizado. Entran en el cuarto ramas de lilas, de un morado pálido, frescas y olorosas, y en el marco de la ventana se destaca, en el ambiente gris del día húme-

do de primavera, una ermita, á lo lejos, sobre una loma verde, con el verde brillante de las praderas umbrías.

En el jardín resuena la lluvia al caer sobre las hojas de los árboles, y sólo de cuando en cuando, rompiendo el murmullo monótono del agua que cae, llega de fuera el chirrido de las ruedas de una carreta, el aida *melancólico del boyerizo, el cacareo lejano de algún gallo, ó la canción clara y alegre de los martillos del herrero sobre el yunque.*

Por una de las puertas del cuarto en donde trabajan Agueda y Melchora, se ve la cocina de la casa con su enorme chimenea; por la otra, el zaguán lleno de barricas.

Frente á la ventana, al final de una escalera de ocho ó nueve peldaños, se halla la puerta de la antigua casa solar; un arco, bajo y pesado, del Renacimiento con toscas figuras esculpidas en la piedra, cerrado por una puerta maciza erizada de clavos y cruzada por un gran cerrojo lleno de herrumbre.

A un lado de la puerta, en una hornacina empotrada en la pared, tras de un cristal verdoso, aparece un Niño Jesús, ne-

gruzco y mugriento, con faldetas llenas de abalorios, y delante de la hornacina, una lámpara de cobre cuelga inmóvil por una cadena del techo.

AGUEDA

¿Llamaste á Luis, Melchora?

MELCHORA

Fuí á llamarle, pero no está. Habrá salido.

AGUEDA

¡Tan pronto!

MELCHORA

Quizás no se haya acostado.

AGUEDA

¡Ah! Eso será. No habrá venido á casa esta noche... ¿Se llevó la llave ayer?

MELCHORA

Sí.

AGUEDA

Entonces no ha venido... Seguramente no ha venido.

Una mujer harapienta, con una cesta en

el brazo, abre la puerta entornada que da al zaguán.

LA MENDIGA

Ave María Purísima. Ave María Purísima.

AGUEDA

¡Es verdad! Hoy es sábado. Aquí está la abuela de Oriamendi.

Melchora deja la rueca en la mesa, sale del cuarto y va á la cocina. Mientras tanto Agueda cruza las manos sobre la costura y pregunta á la pobre con voz cariñosa.

AGUEDA

¿Qué tal, abuela?

LA MENDIGA

Mal, muy mal. ¿Y su merced, señorita?

AGUEDA

¿Yo? *(sonriendo con tristeza)* Bien. ¿Y su hijo? ¿Trabaja?

LA MENDIGA

¡Ay! No. Desde que se estropeó los ojos

en la cantera, con la dinamita, ya no quiere trabajar.

AGUEDA

¿Y los nietos?

LA MENDIGA

Bien. Esos bien... jugando... no saben lo que es la vida.

Melchora entra en el cuarto con una medida llena de maíz, levanta la tapa del cesto de la pobre y echa el maíz en el interior.

LA MENDIGA

¡Adiós, dama Agueda! ¡Adiós, Melchora! Hasta cuando Dios quiera.

Agueda le devuelve el saludo y torna á su labor; Melchora cierra la puerta, vuelve á sentarse y á seguir hilando.

AGUEDA

¿De manera que Luis...?

MELCHORA

Sin aparecer por casa. No sé si será ver-

dad; Chomin, al entrar en la fábrica, me ha dicho que esta noche pasada Luis estaba en la taberna de Blas.

AGUEDA

¡En la taberna!

MELCHORA

Sí, sí. Por cierto que creo que ha habido allí una jarana.

AGUEDA

¿Le ha pasado algo á mi hermano?

MELCHORA

No. Sólo que le hicieron beber, y, como no tiene costumbre, se mareó.

AGUEDA

¡Ese Luis!... ¿Y él tomó parte en la riña?

MELCHORA (con desdén)

¿El?... ¡Ca!...

AGUEDA

De manera que ahora estará durmiendo en la taberna.

MELCHORA

Allí lo ha visto Chomin.

Un pobre de barba blanca abre nuevamente la puerta del zaguán. Es un viejo con cara de apóstol; lleva una anguarina de paño amarillento, remendada y sucia, un enorme cayado en la mano; sobre el pecho un zurrón de tela y una boína roja sobre su melenuda cabeza gris.

Canta con voz ronca, llevando el compás dando golpes con el cayado en el suelo.

EL POBRE

Dios te salve, ongui etorri
Gabon Jaincoac diyela.

AGUEDA

Ya está aquí el abuelo de Goizueta, cantando.

MELCHORA

Siempre lo mismo. Como es tonto, no sabe otra cosa.

Melchora entra en la cocina. El viejo sigue cantando; abre después el zurrón para

que echen en él maíz y se va sin saludar. Melchora torna á su hilado.

AGUEDA

¿Y por qué fué la riña de ayer en la taberna de Blas?

MELCHORA

Pues, por lo de siempre... Entre los de Arbea y los de Argoitia. Ya sabe su merced que los de aquí y los de allá...

AGUEDA

¿No decían que se habían hecho amigos?

MELCHORA

Sí, pero esos bribones de Argoitia han subido los derechos de entrada al aguardiente que aquí se fabrica.

AGUEDA

Han hecho bien.

MELCHORA

¿Sí?... Pues por eso dijeron los nuestros: No hay que mandar á Argoitia ni una gota de aguardiente.

AGUEDA

Ellos van á salir ganando.

MELCHORA

Sí, ganando... *(con ironía)* ¡ja... ja...! poco que lo sienten...

AGUEDA

Parece que llaman.

Melchora se levanta á abrir la puerta y aparece un hombre con aspecto de facineroso, el pelo enmarañado y la barba inculta. El perro se abalanza á él y ladra.

EL HOMBRE (en castellano)

Buenos días. ¿Hay algo para un pobre caminante que no tiene trabajo?...

MELCHORA (de mal humor y hablando con dificultad el castellano).

Perdone usted. No hay nada.

EL HOMBRE (entornando la puerta por miedo al perro).

Que he hecho diez leguas de camino sin tomar ni un bocadito de pan.

MELCHORA

No hay nada.

EL HOMBRE

Que tengo hambre, señorita, que tengo hambre.

Agueda saca un portamonedas del bolsillo y da unos céntimos al hombre, que se marcha.

MELCHORA

¡Vaya unas ganas de darle dinero á ese castellano! ¡Como si no hubiera pobres aquí!

AGUEDA

También es verdad. Y antes que, según dice don Julián, no había pobres ni borrachos en el pueblo. ¡Pero lo que es ahora!...

MELCHORA

Siempre los ha habido. ¿Qué sabe ese viejo? ¿Quiere su merced que cierre la puerta del jardín?

AGUEDA

Sí, que entren los pobres por la otra puer-

ta. *(Viendo que Melchora se detiene en el zaguán).* ¿Qué pasa?

MELCHORA (con desprecio)

La loca de Elisabide.

AGUEDA

¡Ah! mi tía.

MELCHORA

¡Qué ganas tiene su merced de llamarse pariente de esa loca...!

AGUEDA

¿No lo es?

MELCHORA

Sí, en décimo grado, lo menos. Pero se aprovecha. Vendrá á llevarse algo. El otro día se fué con la falda llena de guisantes.

AGUEDA

¡Bah!... ¡pobrecilla!

Aparece la loca de Elisabide en la puerta que da al zaguán. Es una mujer alta, hombruna, desgarbada, de cara juanetuda, ojos brillantes y pelo gris.

LA LOCA (desde la puerta, sonriendo)

Adiós, dama Agueda. ¡Adiós! ¡Adiós! *(con ademán solemne).* Ya sabes. Para tí serán buenas las leyes.

AGUEDA

Sí, sí, ya lo sé, abuela.

La loca de Elisabide saluda gallardamente y se va. Agueda queda sola, pensativa. De vez en cuando interrumpe su trabajo para mirar á su alrededor y en su cara, pálida y nerviosa, se nota el aleteo de las ideas que agitan su alma. Tan pronto sonríe dulcemente con una sonrisa hermética, matizada, á veces, de tinte ligero de ironía, como clava los ojos en la ermita lejana del pueblo que se ve por la ventana con los contornos borrados por la humedad del aire.

. . . .

Pasado algún tiempo se abre la puerta de repente. ¡Heup! ¡Heup! gritan de fuera, y en el umbral se presenta Chapao, el tonto, un pobre idiota que vive de limosna.

AGUEDA

¿Qué quieres, Chapao?

CHAPAO (quitándose la boína)

Ave María. Ave María.

AGUEDA

¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

Entra Chapao, encogido, descalzo, con su aire de viejo, desdentado y haraposo, y se acerca á la ventana.

CHAPAO

El señorito.... el señorito *(señala con el dedo el jardín)* quiere entrar aquí... aquí... sin que le vea nadie... nadie... y me ha dicho que saltara por las tapias y viniera á mirar si había alguno.

AGUEDA

¿Dónde se ha quedado? ¿Eh? ¿Dónde está?

Chapao se asoma á la ventana y queda azorado porque acaba de dejar al hermano de Agueda junto á la verja y ya no le ve. Se inclina y mira por todas partes hasta que lo descubre detrás de uno de los árboles.

CHAPAO

¡Ah!... ¡Ah!... Ahí está, detrás de ese árbol.

AGUEDA (asomándose á la ventana)

¡Eh, Luis!... No te escondas... si te estamos viendo!

Luis, que se ve descubierto, hace sonar la campanilla del jardín y Melchora sale de la cocina para abrirle.

MELCHORA (á Chapao)

¿Qué dices tú, tonto? ¿Has visto á los apóstoles?

CHAPAO (sonriendo)

Sí, sí.

MELCHORA

¿Y te han dado algo?

CHAPAO

Sí, sí, moneda blanca... moneda blanca.

MELCHORA

A verla.

Chapao se registra los bolsillos. Melchora abre la puerta del zaguán y entra Luis, el hermano de Agueda, mojado, con el cuello de la chaqueta subido, el sombrero en el cogote, los pantalones llenos de barro y un cigarrillo en la boca.

Es un jovencito de diez y nueve á veinte años, con el pelo rojizo y la tez sonrosada y pecosa. Se parece á su hermana Agueda, pero en él las facciones son borrosas é inexpresivas, la mandíbula desarrollada, los labios belfos, y los ojos, en vez de tener la expresión ensimismada y dulce de Agueda, parecen entontecidos y sólo se animan con ráfagas de cólera.

LUIS

¡Hola! Buenos días *(Mirando á Chapao con ira):* ¡Idiota!

AGUEDA (contemplando de arriba á abajo á su hermano)

¡Cómo vienes! Sucio, lleno de lodo ¡Te estás luciendo!

LUIS

Bueno, bueno. Te participo que no estoy dispuesto á oir sermones *(Se echa en la silla).*

MELCHORA (á Chapao)

¡Qué mentiroso! No te han dado nada los apóstoles.

CHAPAO

No, no me han dado nada.

MELCHORA (sonriendo con malicia)

¿Has visto al perro ciego?

CHAPAO (con terror)

No, no. ¡Perro ciego! ¡Perro ciego! No, no.

AGUEDA

¡Qué mala idea de fastidiarle al pobre!

LUIS (con furia)

Echadle á ese imbécil.

AGUEDA

¡Puedes tú llamar imbécil á nadie!

LUIS

He dicho que quiero que se marche; si no, lo echaré yo á puntapiés.

CHAPAO (sollozando)

Perro ciego... perro ciego.

AGUEDA (á Melchora)

Llévale á la cocina y dale de comer. *(A Chapao):* Anda. Verás á los apóstoles y te darán galleta y moneda blanca.

MELCHORA (á Chapao)

Ven, tonto.

Se marcha Chapao y Melchora y quedan solos Agueda y Luis.

AGUEDA (contemplando á su hermano)

Parece mentira. Tanto hablar de que eres un hombre, y luego sirves de hazme reir á todo el mundo. *(Acercándose á Luis, que está con la cabeza apoyada en la mano.)* Pero si está durmiendo. ¡Eh! Luis, Luis.

LUIS

¿Qué? ¿Qué quieres?

AGUEDA

Anda, anda á la cama. Que no te vea papá así.

LUIS

Voy, voy.

Se restrega los ojos y vuelve á inclinar la cabeza y á dormirse.

AGUEDA

¡Vamos!

LUIS

¡Qué pesadez! Empezaba á soñar que estaba en Madrid, con mis amigos, en Fornos.

AGUEDA

Seguirás soñando en la cama.

LUIS

¡Qué soba! *(Se levanta perezosamente y mira por la ventana).* Otra vez llueve. ¡Maldito país! No sé qué ocurrencia estúpida le dió á papá de mandarme venir aquí.

AGUEDA

¡Qué ocurrencia!... Queríamos verte.

LUIS

Como habéis pasado cuatro años sin ver-

me, podíais haber pasado más. De veras te digo, maldito si tenía ninguna gana de venir.

AGUEDA

¿No nos quieres?

LUIS

Déjame en paz.

AGUEDA

¡Vaya un genio que has echado!

LUIS

Bueno *(Se pasea por el cuarto hasta que empieza á toser, con un acceso tan fuerte, que tiene que apoyarse en la pared)*. Ya me he constipado. ¡Esta cochina tierra...!

AGUEDA

Claro, ¡estás chorreando...!

LUIS (bruscamente).

Me voy á la cama.

AGUEDA

Sí; haces bien. Tienes mal color *(Con mimo y en voz baja, poniéndole una mano*

en el hombro): No vuelvas á ir á la taberna, ¿eh? ¡Si mamá te viera! Ella que te quería tanto...

LUIS

Quita *(Rechaza á Agueda; luego, mirando por la ventana):* ¡Maldita tierra! Otra vez lloviendo.

Luis sube la escalera que hay en el fondo del cuarto, abre la puerta, llena de ensambladuras y de herrajes, y desaparece por ella.

Agueda vuelve á quedar sola, y pasan las horas, lentas, iguales, monótonas, medidas por el reloj de la iglesia del pueblo, cuyas campanadas vibran en el aire tristemente. Y Agueda, tan pronto coquetea sola y sonríe con su sonrisa hermética de ligero matiz de ironía, como clava los ojos en la ermita del pueblo, que aparece borrosa en el aire húmedo y opaco.

Hay momentos en que deja de llover y sale un sol dorado de primavera; entonces Agueda se asoma á la ventana, y recibe la caricia del sol y aspira con voluptuosidad el olor húmedo de tierra.

De pronto oye, á lo lejos, rumor confuso de campanillas de la diligencia que pasa. Agueda recoge la ropa, la mete en el cesto y la guarda en uno de los armarios del cuarto.

Después corta una rama de lilas, y, sonriendo, coqueteando con sí misma, la sujeta con un alfiler en el pecho y sale del vestíbulo seguida del perro; cruza el zaguán y entra en un cuarto, grande y triste, con varios armarios llenos de libros de comercio y dos grandes mesas pesadas, de nogal. Es el despacho de la fábrica. Agueda trabaja en él. Díaz, el dependiente á quien el padre de Agueda ha dejado de pagar, ya no se ocupa de las cuentas de la destilería. El padre de Agueda ha encargado á su hija de la contabilidad de la casa y de que haga un estado de los ingresos y gastos, y Agueda se engolfa todos los días en la ingrata tarea de sumar columnas de números, y como no está acostumbrada, suma en voz alta para no olvidarse. A veces siente la necesidad de andar, de moverse, y abre la puerta, cruza el zaguán y vuelve al despacho con el cabello humedecido por la lluvia, y prosigue su tarea.

Enfrascada en su obra, no oye á Díaz, el

dependiente, que entra. Díaz es un hombre de unos veintiocho años, moreno, de estatura mediana, algo rechoncho, de bigote y ojos negros. Habla correctamente el castellano, escuchándose á sí mismo con satisfacción y frotándose las manos á cada instante. Se nota, en todos sus ademanes, que está satisfecho de su persona, y su sonrisa, que muestra la dentadura, blanca é igual, es la de un hombre que encuentra en su aspecto algo que, para los demás, debe ser muy agradable de contemplar.

DIAZ

¿Se puede?

AGUEDA

Adelante *(El perro comienza á gruñir mirando á Díaz)*. ¡Quieto, Erbi! ¿Venía usted á trabajar aquí?

DIAZ

No. ¡Demonio con el perro!... Tengo que hacer en la fábrica, pero antes quisiera dar un recado á don Lucio. ¿Estará acostado aún?

AGUEDA

Cuando se levante, yo le diré, si usted quiere...

DIAZ

Bien. Es lo mismo *(Se frota las manos).*

A esto sigue un momento de silencio. Diaz contempla á Agueda atentamente, y al ver el ramo de lilas prendido en su pecho, brillan sus ojos negros y sus dientes blancos.

DIAZ (en tono confidencial)

¿Sabe usted? Convendría que su padre pagara algo á los trabajadores.

AGUEDA

Pero en la caja...

DIAZ

En la caja no hay un céntimo... Y es una complicación... Entre los obreros hay gente levantisca, dispuesta á todo.

AGUEDA

Venga usted luego á hablar con mi padre.

DIAZ

Vendré .. Aunque es casi inútil, porque no presta atención cuando se le habla de la fábrica. La considera como cosa perdida.

AGUEDA

Si no hay solución alguna, ¿qué le vamos á hacer?

DIAZ (se pasea y se frota las manos)

Sí... hay soluciones... vender la fábrica... arrendarla.... pero don Lucio no quiere oir hablar de eso.

AGUEDA

¡Si no hay otro remedio!

DIAZ

Remedios siempre se encuentran.

AGUEDA

¿Usted sabe alguno?

DIAZ

Sí... pero no sé si ustedes, por escrúpulos excesivos...

AGUEDA

¿De qué se trata?

DIAZ (vacilando)

Se trata de un cambio en la razón social de la casa, hecho con cierta... habilidad.

AGUEDA

No entiendo. ¡Si no se explica usted más claro!

DIAZ (paseándose)

Bueno. Pues figúrese usted que, viendo los libros, nos encontramos que don Lucio, su padre de usted, tiene más deudas que las que en realidad tiene, é inventamos unos cuantos acreedores. Luego hacemos que uno de estos acreedores fantásticos, diga: ¿Cuánto vale la fábrica, cuarenta mil? Me deben treinta mil, pues doy diez mil y me quedo con ella. De estos diez mil se paga á los acreedores, que cobran el cincuenta, el veinticinco, el diez ó el dos por ciento de su crédito. Ellos se quejan, pero como saben que de otra manera no cobrarían nada, lo aceptan.

AGUEDA

Me figuro que todo eso es una sarta de engaños.

DIAZ

Sí, pero es una solución.

AGUEDA

¿Cree usted? Lo dudo.

DIAZ

Casi lo podría probar.

AGUEDA

¿Cómo?

DIAZ

Fácilmente. Si usted acepta la combinación, hay género, mañana mismo, para trabajar dos meses.

AGUEDA

¿Sí la acepto, sí, y de lo contrario, no? Total, que usted aquí es el amo y que nos pone usted condiciones.

DIAZ

Escúcheme usted, Agueda *(Tomando una postura de conquistador y sonriendo):* ¿Usted cree que yo soy inteligente? Perdone usted la inmodestia.

AGUEDA

Sí.

DIAZ

Si yo sacara adelante la fábrica, si ensanchara el negocio de una manera enorme, si trabajando como un negro ordenara todo esto que se desmorona...

AGUEDA

¿Qué?

DIAZ

¿Me quiere usted dar ese ramito de lilas, Agueda?

AGUEDA

¿Mi ramo?

DIAZ (frotándose las manos con mayor energía y brillándole más los ojos y los dientes).

Lo guarda usted para otro ¿eh?

AGUEDA

Y aunque así sea, ¿qué? ¿Acaso tiene usted algún derecho...?

DIAZ

¡Oh! Ninguno; pero veo que está usted despertando algo malo, àlgo de fiera que tengo yo dentro. *(Haciendo un esfuerzo para sonreir):* No haga usted caso, es un modo de hablar.

AGUEDA

No; es un modo de amenazar, y de amenazar á una mujer. Eso no lo hace ningún hombre listo... y usted... es inteligente.

DIAZ

¿Pero de veras no me quiere usted dar el ramito ese?

AGUEDA

No. *(Con ironía):* Parece que le asombra á usted...

DIAZ (palideciendo)

No, no me asombra. No soy tan fatuo.

AGUEDA

Eso es lo que yo pensaba.

DIAZ (desde la puerta)

Bien, Agueda, bien. Usted se ríe...

AGUEDA

Y lloraré algún día, ¿verdad?... Ya lo sé.

Díaz, enfurruñado, sale lentamente del despacho de la fábrica.

Agueda sigue sumando con trabajo, poniéndose la mano en la frente como para sujetar los números en el cerebro, haciendo un esfuerzo doloroso.

Transcurrido algún tiempo se abre la puerta pequeña y forrada de grandes clavos, y se presenta en ella un hombre flaco, de barba negra, con abundantes mechones de plata. Es don Lucio de Aizgorri, padre de Agueda. Viste un gabán pardo, que le llega hasta los pies, y en la cabeza una gorrita.

DON LUCIO (bajando la escalera con dificultad)

¡Hola!

AGUEDA (se levanta)

Buenos días, papá. ¿Cómo te encuentras?

DON LUCIO

Mal, muy mal. Esto es insoportable: dolores en la espalda, dolores en las piernas.., el suelo no lo siento con los pies... parece que se me escapa *(Sentándose en un sillón)*: Luego, en esta casa no se puede dormir... ¡ese ruido que hace hoy la presa! *(Bruscamente)* ¿Qué charla tenías hace un momento?

AGUEDA

Díaz, que ha venido, medio amenazando, á decir, de parte de los obreros, que se les paguen sus jornales.

DON LUCIO (se sienta)

Si, ¿eh? Que esperen, como yo, sentados.

AGUEDA

Ha dicho que se les debe mucho.

DON LUCIO

Sí, ya lo sé, ya lo sé.

AGUEDA

Díaz está tramando algo contra nosotros.

DON LUCIO

¡Bah! ¡Tonterías...!

AGUEDA

El mismo lo ha confesado. Ha dicho que, si quiere, hay género en la casa para trabajar dos meses, y que, en cambio, si no quiere...

DON LUCIO

Bueno, bueno. ¿Que va esto cada vez peor? Me importa poco. ¡Para lo que he d vivir!

AGUEDA

Hoy parece que estás bien. No tienes mala cara.

DON LUCIO

¡No tengo mala cara! Para vosotras nunca estaré yo mal, hasta que me esté muriendo.

Agueda mira á su padre en silencio y

empieza á seguir con el lápiz las columnas de números que va sumando.

DON LUCIO

¿Ha venido Mariano?

AGUEDA

No, todavía no.

DON LUCIO

¿Vino ayer?

AGUEDA

Sí.

DON LUCIO

¿Qué dijo?

AGUEDA

Me recomendó que te avisara que sería conveniente reforzar el dique de la fábrica, porque si no, con la fuerza que trae el río, el agua podría inundar las cuevas.

DON LUCIO

¡Bah! ¿Qué sabe él? Oye, ¿á qué viene aquí Mariano todos los días?

AGUEDA

No sé.

DON LUCIO

Ya me está molestando. Disfruta viéndome enfermo.

AGUEDA

¡Oh! No lo creas.

DON LUCIO

Como anda siempre haciéndote la corte, por eso le defiendes. ¡Con su austeridad!... ¡y esa estúpida reputación de honradez!... ¡No parece sino que es el único hombre honrado que hay en el mundo!

AGUEDA

El no supone eso, papá.

DON LUCIO

¿No? ¿Tú que sabes? ¡Honrado! Si no fuera honrado estaría en presidio. Todos somos honrados... hasta que no somos bandidos. Y tú, ¿por qué no quieres casarte con Mariano? Es rico. Su fundición le debe dar bastante.

AGUEDA

Creo que sí.

DON LUCIO

Y trabajador.

AGUEDA

Sí.

DON LUCIO

A pesar de eso, tú te burlas de él.

AGUEDA

¡Yo!

DON LUCIO

Sí, tú; con tanto melindre. ¡Ah! Si yo estuviera en su caso, no jugarías conmigo. ¡Ya verías cómo te domaba, ya! Porque vosotras, con vuestros mimos, queréis hacer lo que os da la gana. Tu madre era también así, pero yo la dominé. ¡Vaya!

AGUEDA

No debías ni de nombrarla *(Baja la cabeza y cae sobre el papel en que escribe una lágrima gruesa).*

DON LUCIO

¿Tú me vas á prohibirlo, tú? ¡No parece sino que fuí un verdugo para ella!

AGUEDA

Poco menos.

DON LUCIO

¡Ah!... ja... ja... Me haces reir; el acento trágico te sienta bien, pero yo soy poco sensible. Los Aizgorris sumos así, duros como el acero; nuestro corazón y nuestro apellido es de piedra... Un antepasado mío de la casa de Oñaz, Machín de Aizgorri, cuando cogió prisionero á un enemigo suyo, de la de Gamboa, ¿sabes lo que hizo?

AGUEDA

Yo... no.

DON LUCIO

Pues le cortó la cabeza y la llevó á vender á la feria de Oñate... Ahí lo tienes retratado en la sala... ¿Eh? ¿Qué te parece eso?

AGUEDA

A mí... nada.

DON LUCIO

Sí. Tú no sabes apreciarlo. Has salido á tu madre. Eres, como ella, ñoña y sentimental.

AGUEDA

¡Ella! *(tira la pluma, se levanta y con voz ronca dice):* Ella era fuerte y enérgica... más que tú... mucho más que tú... más valiente y más buena.

DON LUCIO

Sí, sí. Ya lo sé.

Agueda pasea por el despacho, con la cabeza baja, enjugándose las lágrimas con el pañuelo. Hay un largo momento de silencio; don Lucio sonríe con una sonrisa ruín, hasta que se oyen en el zaguán las pisadas de un caballo y luego los pasos de alguien que se acerca. Agueda, instintivamente, va hacia la puerta; luego se sienta en la mesa.

DON LUCIO

Será Mariano. No quiero verle. Cuando se marche, que me avisen. ¿Dónde andará esa bruja de Melchora?

Don Lucio se va, y aparece, poco después, Mariano en la puerta del despacho. Es un hombre alto, de barba castaña, espesa, un poco cargado de espaldas. Tiene la mirada apagada, la nariz corva, la sonrisa amable y triste. Al verle entrar, el perro le recibe dando saltos, alegremente. Mariano contempla en silencio á Agueda, que se ha puesto á escribir.

MARIANO (hablando el castellano como un extranjero que lo hable muy bien, pronunciando las consonantes con gran fuerza).

Aquí está el pobre de todos los días.

AGUEDA

¡Ah!... ¿Es usted?

MARIANO

¿No se le puede ver á usted la cara?

AGUEDA

Perdone, hermano. Ahora estoy trabajando.

MARIANO

Es usted infatigable. ¿Sigue usted con estos dichosos estados?

AGUEDA

Sí. Esto es un laberinto.

MARIANO

¿Quiere usted que le ayude un poco, como ayer?

AGUEDA

No, no. Se va á conocer su letra, y entonces, ¡adiós mi mérito de tenedora de libros!

MARIANO

Al menos esas sumas tan largas. Mire usted, el resultado lo voy à poner con lápiz y usted luego lo pasa con tinta.

AGUEDA

Bueno *(Se levanta y deja en la mesa su ramo de lilas).*

MARIANO (al sentarse toma el ramo de lilas)

¿Para mí, verdad?

AGUEDA

Si es usted bueno...

MARIANO

Pero, ¿qué le pasa á usted? *(La mira atentamente).*

AGUEDA

Nada.

MARIANO

¿De veras, nada?

AGUEDA

De veras. Nada.

MARIANO

¡Hum! *(Compungido, viendo que Agueda se marcha):* Qué, ¿se va usted?

AGUEDA

Iba á limpiarme los dedos con un poco de limón, ¿sabe usted? Todavía no he aprendido á escribir sin ponerme perdida de tinta.

MARIANO

Tenía tantas cosas que decirla...

AGUEDA

¿Tenía usted que decirme algo? Me esperaré.

MARIANO

¡Oh! Pero es muy largo lo que le tengo que decir, y si no se sienta usted, se va usted á cansar mucho.

AGUEDA

Es usted un hombre muy exigente *(Se levanta)*.

MARIANO

¿A usted le disgustan mucho los hombres así... exigentes?

AGUEDA

Pero, ¿á usted qué le importa? ¡Qué curioso! Todo lo quiere usted saber. Ande usted á sumar, que esa es su obligación.

Pasan tres ó cuatro minutos en silencio. Agueda sonríe maliciosamente.

MARIANO

¡Si supiera usted las ganas que tiene mi

madre de verle á usted y de hablarla! Yo, como siempre estoy nombrándole á usted...

AGUEDA

Es raro. Usted habla y suma al mismo tiempo.

MARIANO

Es la costumbre... Pues, sí; mi madre tiene unos celos terribles. Algunas veces me dice, como quien no da importancia á la cosa: La niña de Aizgorri, así le llama á usted siempre, no es tan bonita como tú dices. Y yo, en el mismo tono, le respondo: No te lo puedes figurar, mamá; es más que bonita y más que buena; es superior á toda ponderación. Y es verdad, claro.

AGUEDA

Si dice usted esas cosas se va usted á equivocar, ya lo verá usted.

MARIANO

Ca. Es la costumbre *(Está algún tiempo sumando sin hablar)*. Sí, hablo tanto de usted en casa, que mi madre se enfurruña y murmura en contra de mí y de usted.

AGUEDA

¿De mí también?

MARIANO

¡Claro! Las madres no comprenden que haya una mujer que desdeñe á sus hijos... y usted...

Agueda se levanta y se acerca á los cristales de la ventana.

AGUEDA

¿Trabaja usted mucho?

MARIANO (taciturno)

Sí, mucho.

AGUEDA

¿Ha aceptado usted esas dos contratas que me dijo usted ayer?

MARIANO

Sí.

AGUEDA

¿Con tan malas condiciones? ¿Se ha com-

prometido usted á pagar una indemnización tan grande, si no concluye usted la obra?

MARIANO

Sí.

AGUEDA

¿Y si no termina usted?

MARIANO (con desaliento)

Lo mismo me da.

AGUEDA

No es usted práctico.

MARIANO

¡Bah!

AGUEDA

No, no es usted práctico. Esas cosas hay que verlas por el lado económico.

MARIANO

¿Y usted es práctica?

AGUEDA

¿Yo? Ya lo creo, calcularía. .

MARIANO

Usted *(mirándola con atención)*, con esos ojos que se tutean con las cosas infinitas, ¡usted práctica! Si muchas veces he llegado á pensar que no es usted mujer.

AGUEDA

¿No? ¿Pues qué soy entonces?

MARIANO

Algo así como una idea.

AGUEDA

¡Qué cosas más raras se le ocurren á usted!

MARIANO

Serán raras, pero yo siempre me represento á usted como una substancia...

AGUEDA

¡Una substancia! ¡Vaya una cosa bonita!

MARIANO

Sí, usted se ríe, pero me comprende; lo

que pasa es que al lado de esa idea luminosa y profunda que forma su alma, hay algo burlón y saltarín en usted.

AGUEDA

¡Qué retrato mío está usted haciendo! Antes era una idea, después una substancia, y ahora soy saltarina.

MARIANO

Es que usted no sabe los aspectos que usted misma tiene... Y usted, cuando piensa en mí, ¿cómo me recuerda?

AGUEDA

¡Pero si yo no pienso en usted!

MARIANO

Alguna vez...

AGUEDA

Pues cuando pienso en usted, me parece que es usted un chico chiquito, muy chiquito, y yo digo: ¡Pero qué tonto es este chico, pero qué tontísimo es!

MARIANO

¡Cómo se burla usted de mí! ¿Quiere usted contestarme á una pregunta, Agueda?

AGUEDA

No, señor.

MARIANO

En Madrid, en el tiempo en que ha estado usted allí... alguna simpatía. . ¿No me quiere usted contestar?

AGUEDA

No, señor.

MARIANO (hablando al perro)

Oye, Erbi... Dime, cuéntame los secretos de tu ama.

El perro endereza las orejas y mira á Mariano con atención, y ladra.

MARIANO

¡Si oyera usted lo que me está diciendo!

AGUEDA

¡Bah! Erbi está muy bien educado, para contar los secretos de su ama.

MARIANO

¿Pero es que su ama tiene secretos?

AGUEDA

¡Vaya...! Secretos tremendos.

MARIANO

En serio; tengo que hacerle á usted una pregunta.

AGUEDA

Hoy está usted muy pesado con ese interrogatorio. Mire usted, ya que Erbi le contesta tan bien, hágale usted la pregunta á él. *(Abre la puerta y sale al zaguán seguida del perro).*

MARIANO

¡Ah, traidora! *(Se sienta y sigue sumando).*

II

Don Luis, sentado en un sofá, se calienta los pies en un brasero. El cuarto del piso principal de la casa es grande y triste, blanqueado, con grandes lienzos, rotos y carcomidos, en las paredes.

En un testero, una ventana ancha y de poca altura, de las llamadas de guillotina, con los cristales pequeños y verdosos, por entre los cuales se ve el pueblo, el puente y el río. Ocultando, á medias, la ventana, se ve una cortina azul, ajada, que se transparenta en los dobleces.

En el otro testero hay una cómoda de nogal, grande y maciza, y sobre ella, en el centro de su tabla, agujereada por la polilla, un reloj antiguo con la caja de caoba, llena de adornos de cobre, el cuadrante ennegrecido, las agujas rotas, y, como remate, una figurilla dorada de la Fama, que,

sobre un artefacto tan destrozado, parece un símboo de i ronía.

En una de as paredes de cuarto se ve una estantería con cristae s, en cuyo interior están mezclados frascos, retortas y tubos de ensayo; enfrente se abre a puerta de una a coba.

En as paredes cuegan varios mapas, viejos y povorientos, vistas de ciudades un árbo g eneaógico de os Aizgorris y dos cuadros que representan os escudos de los Idiáquez, Olasos, Zaldivias, Lazcanos, Urdanetas y los de las ilustres familias emparentadas con los Aizgorris.

En medio de la habitación hay una mesa de nogal con las patas torneadas y el tablero de gran espesor, toda llena de trabajos delicados de talla, y junto á la ventana, un banco de carpintero, lleno de herramientas.

Los muebles los constituyen unas cuantas sillas con la madera de caoba, un canapé largo, de paja, con el respaldo lleno de flores pintadas, estilo Luis XV, y un brasero de cobre, metido en una caja adornada con incrustaciones, también de cobre.

Don Lucio está solo, sentado en el sofá; á veces se levanta, se acerca á la mesa de

nogal, se sienta en un sillón de cuero claveteado, toma la pluma, vacila, algo le distrae, y abandonando entonces la idea de escribir, mira por los cristales de la ventana, cruzados por las ramas de una parra llena de hojas de un verde claro, el camino y el puente y las muchachas que lo cruzan con las herradas en la cabeza, y á lo lejos, los montes, poblados de hayales y de bosques de encina, por donde van nadando las nieblas.

DON LUCIO (mentalmente)

Esto no puede seguir así. ¡No tener noticias! Y, sin embargo, trato de convencerme de que lo que me debe interesar es esto, y nada... Esa estúpida idea la tengo clavada en mi alma. No la puedo echar de encima. ¡Esa cara siempre delante de los ojos! Ya está otra vez. Se me figura que me habla... Le di tan mala vida, que ahora se venga... ¡Qué imbécil soy! Parece que yo mismo digo frases para mortificarme, como si alguien me obligara á ello. Es que estoy débil y cualquier cosa me perturba. Ya está otra vez...

Se levanta pesadamente del sillón y tira

de la campanilla; luego vuelve á sentarse y permanece algún rato con la cara oculta entra las manos. Melchora entra.

MELCHORA

¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

DON LUCIO

¡Ah! Eres tú. ¿Por qué no has venido antes?

MELCHORA

Estaba tendiendo la ropa.

DON LUCIO

No quiero que me dejes solo, ¿sabes?

MELCHORA

Pero, ¿qué tienes? ¿Estás peor?

DON LUCIO

No... no... Anda... Dame un poco de té con aguardiente.

MELCHORA

Con aguardiente, no. El médico ha dicho que no tomes ni una gota.

DON LUCIO

El médico es un imbécil. Sabe tanto de medicina como yo. Haz lo que te digo.

MELCHORA

Espera un momento.

DON LUCIO

Bueno, pero no tardes.

Melchora sale y vuelve á entrar al poco rato con una botella en la mano.

MELCHORA

¡Si llega á verme Agueda!

DON LUCIO

¿Y á qué se mete en nada esa simple?

Melchora se arrodilla junto al brasero y pone una tetera de barro sobre las brasas.

DON LUCIO

¿No se ha levantado todavía Luis?

MELCHORA

No. Hoy también ha pasado la noche fuera de casa. ¡Buena educación le estás dando!

DON LUCIO

Déjale. Es imbécil.

MELCHORA

Para eso más vale que esté en Madrid, en casa de sus tíos.

DON LUCIO

¡Por mí...! Ya se puede marchar cuando quiera. Esta noche, ¿la habrá pasado en la taberna?

MELCHORA

Sí.

DON LUCIO

¿Y qué ha hecho de esa novia que tiene?

MELCHORA

No sé.

DON LUCIO (con ironía).

¡Qué calavera! ¡Querer tener una novia seria é ir á escoger la hija de un tabernero!

Es digno de un Byrón, de un Byrón de taberna. Y ese imbécil se casará con ella, y en cambio Agueda, que podría casarse con el fundidor, que nos sacaría del apuro, se pasa la vida haciendo melindres. *(Con amargura dolorosa):* He tenido suerte con mis hijos: el uno es imbécil, completamente imbécil, la otra es una simple.

MELCHORA

Si hubieras cuidado de educar bien á Luis, ahora no pasaría eso.

DON LUCIO

¿Educarle? ¡Si es idiota! Es de familia; en la mía ha habido muchos locos.

MELCHORA

Como en todas.

DON LUCIO

¡Ca! He conocido lo menos seis ó siete, entre locos y suicidas, en mi parentela. El mismo tío Martín, aquel tan serio y tan formal, estaba loco. Yo le he visto en Oñate coger al diablo del altar de San Miguel, de

su casa, y llevarlo á su cama y pasarse la noche velándole.

MELCHORA

¡Jesús, María y José! ¡¡Al demonio!!

DON LUCIO

Sí, al demonio. Es decir, un pedazo de madera, mal tallado y mal pintado, con unos cuernos de plata en la cabeza. Al tío Martín le entraron esas manías cuando su novia se hizo monja. Entonces todas las mañanas salía á la huerta y empezaba á tirar tiros al aire; él creía que llegaban al cielo. El pobre, era bastante ignorante.

MELCHORA

¡Qué cosas cuentas! ¡Qué cosas!

DON LUCIO

¡Si es la verdad! Sólo que antes habia locos en la familia y ahora son idiotas.

Melchora retira la tetera del fuego cuando empieza el agua á hervir, echa el te y lo

revuelve. Llena una taza y añade una gotas de aguardiente.

MELCHORA

Toma. Pero no pidas más. *(Abre el armario y guarda la botella.)*

DON LUCIO

¿Qué has echado en este te, que está tan amargo?

MELCHORA

Nada.

DON LUCIO

¡Puah! *(Echa la taza al suelo.)*

MELCHORA

¡Mi pobre suelo! ¡Cómo lo estás poniendo! Tendré que frotarlo otra vez.

DON LUCIO

Para el tiempo que estaremos en esta casa...

MELCHORA

¿Vas á decidirte á venderla?

DON LUCIO

¡Venderla!... Sí, sí. Eso es lo que yo quisiera.

MELCHORA

¿Tan mal andan los negocios?

DON LUCIO

Muy mal.

MELCHORA

¿Necesitas mucho dinero?

DON LUCIO

Mucho.

MELCHORA

¿Como cuánto?

DON LUCIO

Ya te he dicho que mucho. Eso no te importa.

MELCHORA

Es que yo tengo ahorrado algún dinero. Además, podría vender unos campos.

DON LUCIO

¡Ah!... ¿Tienes dinero?... Ya hablaremos de eso. Oye, ¿han repartido las cartas?

MELCHORA

Aún no. Todavía no ha pasado Pachi.

DON LUCIO

¡Pobre hombre! Con este tiempo, ¡cómo tiene que andar!

MELCHORA

Valiente granuja es el tal Pachi.

DON LUCIO

¡Bah!

MELCHORA

Y borracho como una cuba.

DON LUCIO

No hables, ¡qué diablo!, que á ti también te gusta empinar el codo, de vez en cuando.

MELCHORA

¿A mí?

DON LUCIO

A ti, sí. ¿De dónde, si no, sacas todas esas historias que cuentas de ánimas y de espíritus?... Espíritu... de vino.

MELCHORA

¡Qué mentira! ¡Qué mentira! ¡Esas cosas me dices á mí, á tu nodriza, que te ha criado como una madre!

DON LUCIO

¡Qué! Ya empezamos con la canción de siempre. ¡Ojalá si, de chico, me hubieras aplastado la cabeza contra una piedra.

MELCHORA

No digas eso, Lucio... no digas eso. ¡Oh! ¡Qué pena!

DON LUCIO

Vamos, cállate. ¿De veras no bebes?

MELCHORA

No.

DON LUCIO

Entonces, ¿de dónde demonios sacas esas

historias de ánimas y de espíritus? ¿Es que ves esas cosas?

MELCHORA

Sí, las veo.

DON LUCIO

De noche, ¿eh?

MELCHORA

Sí, de noche.

DON LUCIO

¿Y te hablan?

MELCHORA

Sí.

DON LUCIO

Oye, oye. ¿Qué te dicen? *(Mentalmente).* ¡Es curioso, eh!

MELCHORA

¡Tantas cosas! No sólo de lo que ha sucedido, sino de lo que tiene que suceder.

DON LUCIO

Estás loca, loca de remate. ¿Adónde vas?

MELCHORA

Voy á abrir. Han llamado. *(Sale del cuarto).*

DON LUCIO

¿Es el cartero?

MELCHORA (desde fuera)

Sí.

DON LUCIO

¿Hay carta?

MELCHORA

Sí, una carta con un sobre grande y sin sello.

DON LUCIO (en voz baja)

Malo. Será la sentencia de Bilbao. *(Alto):* Dile á Pachi que entre.

Se oye ruido de pasos en la escalera y entra, al poco rato, Pachi; un hombre grueso, afeitado, de unos cincuenta á sesenta años, con la cara ancha, el pelo cano, los ojos grises y la boca de gruesos labios, maliciosa y burlona. Viste de gris, lleva una boína azul y polainas, una cartera á la

espalda y en la mano derecha una varita de mimbre.

PACHI

Buenos días, don Lucio. ¿Cómo estamos? *(Le entrega la carta y algunos periódicos).*

DON LUCIO

Mal... muy mal. *(Rompe el sobre).* ¿Tomarás una copa, eh?

PACHI

Si usted se empeña...

DON LUCIO

Siéntate, hombre. ¡Melchora! La botella.

Melchora abre el armario, saca la botella y la pone en la mesa; luego trae, en una bandeja, una jarra de agua y dos copas, una pequeña y otra grande.

MELCHORA

Ahí tienes tu aguardiente.

PACHI

¿Ves, Melchora? *(señalando la botella).* Esta mujer no engaña nunca.

MELCHORA

¡Borracho!

Pachi llena la copa pequeña de agua y bebe un sorbo, haciendo muecas.

PACHI

¡Uf! ¡Qué agua más fuerte!

MELCHORA (inocentemente)

¡Si es agua!

PACHI

No importa, está muy fuerte. *(Mira al trasluz la otra botella, llena el vaso grande y lo bebe hasta la mitad):* ¡Demonio! Si no es por esto, me abraso.

MELCHORA

¡Qué bruto!

DON LUCIO (abandonando la lectura)

¡Es gracioso este Pachi! *(Deja el sobre y la carta en la mesa)*: ¿Qué? ¿No fumas?

PACHI

No hay tabaco. Estamos todos más pobres que las ratas.

DON LUCIO

Toma, hombre. *(Le da una petaca):* Te encuentro viejo, Pachi. *(A Melchora):* Vete. ¿Qué haces ahora aquí? *(Melchora, sale).*

PACHI

¿Viejo?... je... je... *(Carga la pipa):* Sí, los años no pasan en balde... Pero todavía hay aquí redaño para dar guerra en este mundo.

Pachi enciende la pipa.

DON LUCIO

¡Bah! ¡Ilusiones! No eres ni sombra de lo que eras. Y antes, ¿qué? ¿Que hiciste algunas barbaridades en la guerra? ¡Valiente cosa!

PACHI

Hombre, usted ha dado mucho que hacer aquí y fuera de aquí, pero yo también he tenido mis asuntillos. ¡Había que verme, allá, por las Pampas, hace algunos años, llevando negros á venderlos...! Je.., je...

DON LUCIO

Pero, ¿es de veras? ¿Tú has sido comerciante de negros?

PACHI

Sí, señor. Y de chinos también.

Llaman en la puerta en este momento. Don Lucio se levanta, la abre y aparece Díaz.

DIAZ

¡Hola, don Lucio!

DON LUCIO

¿Quería usted algo?

DIAZ

Voy á hacer el balance del mes.

DON LUCIO

¡Hombre! Qué ocurrencia.

DIAZ

Y creo que las últimas facturas no están apuntadas.

DON LUCIO

¿No?

DIAZ

Me parece que no. Usted las tendrá en el pupitre.

DON LUCIO

No sé. Voy á ver si tengo la llave. *(Busca en el bolsillo del pantalón.)* Sí, aquí está. *(Hace el ademán de entregar la llave al dependiente).*

DIAZ

¿Estarán en el sitio de costumbre? *(Alarga la mano).*

DON LUCIO

Ahora me acuerdo. *(Vuelve á guardar la llave.)* Estas facturas están apuntadas. Mire usted el libro, ya verá como están.

DIAZ

Pues, no sé. *(Vacila.)* Yo creo que no.

DON LUCIO

Mire usted el libro y se convencerá.

DIAZ

Bueno, bueno. Si no están apuntadas volveré por aquí.

DON LUCIO

Sí, vuelva usted.

DIAZ

Hasta luego, entonces. *(Sale).*

DON LUCIO (en voz baja)

¡Imbécil! ¡Quiere engañarme á mí! *(Se levanta, cierra la puerta y se acerca á Pachi):* Oye, Pachi. Si yo te pidiera un favor, ¿lo harías?

PACHI

Hombre..., según.

DON LUCIO

¿Y si te ofreciera cincuenta duros?

PACHI

Entonces preguntaría: ¿qué hay que hacer, para cogerlos?

DON LUCIO

Pues, mira... Sin rodeo ninguno, te lo voy á decir. Los acreedores se van á echar encima de mi fábrica, ¿sabes? Pero, bueno; antes que ellos, yo quiero que se la lleve el demonio, ¿comprendes?

PACHI

Sí, pero, ¿cómo se la tiene que llevar el demonio? Eso es lo que hay que averiguar.

DON LUCIO

¿Has visto cómo está el río?

PACHI

Sí.

DON LUCIO

Las orillas deben empezar á inundarse.

PACHI

Ya lo creo. En pocos años se ve cosa igual.

DON LUCIO

¿Tú crees que si se rompiera el dique mi fábrica se inundaría?

PACHI

¡Ya lo creo!

DON LUCIO

Pues, bien: te doy cincuenta duros si rompes el dique.

PACHI

¿Y qué va á hacer el pueblo?

DON LUCIO

¿Te importa algo?

PACHI

¡Psche!

DON LUCIO

¿Aceptas ó no?... Yo te lo propongo.

PACHI

Hombre...

DON LUCIO

Ochenta duros.

PACHI

¿Usted hablará, después, al juez para que no haga averiguaciones?

DON LUCIO

Corre de mi cuenta. Con que ¿aceptas?

PACHI

¿Qué remedio?

DON LUCIO

Nos entendemos. Bebamos un trago, Pachi. *(Llena los dos vasos).*

PACHI

A su salud, patrón.

DON LUCIO

A la tuya. *(Beben).*

PACHI

Bueno. ¿Pero cuándo vengo? ¿Esta noche?

DON LUCIO

No. Esta noche, no. Las aguas en el río, todavía seguirán así en algún tiempo, verdad?

PACHI

Sí.

DON LUCIO

Durante esta semana, te paseas por la carretera á las nueve, y si una noche, á esa hora, ves luz en este cuarto, y que yo te hago señas, ves el pañuelo, desde esta ventana... Entonces... Ya sabes. Vienes. Como

la destilería estará cerada, entras por la huerta y pasas por el jardín.

PACHI

Bueno, bueno. ¿Ya dará usted algo de antemano, eh?

DON LUCIO

Toma. Diez duros. No te los bebas. ¡Has entendido?

PACHI

Sí, hombre, sí. Usted, á las nueve, sale á esta ventana y me hace seña con el pañuelo. Yo, en cuanto lo vea, entro, ¿y cómo rompo el dique?

DON LUCIO

Si con la palanca no puedes arrancar alguna piedra, no tienes otra cosa que hacer más que abrir la compuerta de abajo de la turbina y marcharte.

PACHI

Bueno.

DON LUCIO

¿Vendrás, eh? Palabra.

PACHI

Palabra. *(Cruza el pulgar y el índice y besa el dedo pulgar.)* Por éstas. Voy á concluir de repartir el correo. *(Se marcha).*

DON LUCIO (mentalmente).

Anda con Dios. *(Sólo, tomando la carta en la mano.)* Me querían reventar... ja... ja... ¡Qué broma! ¡Qué broma les preparo! *(Mirando al techo.)* Ya estoy viéndola otra vez ahí. *(Llena el vaso de aguardiente y bebe.)* ¡Ah!... ya le voy perdiendo el miedo. *(Se pasea.)* Me siento fuerte hoy. *(Se asoma á la ventana y se apoya en ella.)* Esta vida de aldea, me mata. *(Mirando un carro de bueyes que sube al pueblo.)* Como esos bueyes arrastran esa carreta, así van, las miserias, arrastrando mi vida. Hay que marcharse de aquí... á volver á vivir y á gozar. *(Se acerca á un espejo y se mira.)* Estoy fuerte, fuerte. ¡Eh! ¿Quién anda ahí?

DIAZ (desde la puerta)

Soy yo, Díaz.

DON LUCIO

¿Qué hay?

DIAZ

Nada, que estaba usted en lo cierto. Las facturas están apuntadas, pero falta tomar nota de una de azúcar.

DON LUCIO

¡Ah!... Sí, ¿eh? *(De repente, con energía y cambiando de voz):* Pero, ¿tú crees que no sé que me haces traición?

DIAZ

¿Yo? ¡Don Lucio...!

DON LUCIO

Tú, sí, tú. No vuelvas á poner los pies en mi casa, ¿lo entiendes?

DIAZ (tomando una postura elegante y apoyándose en la mesa)

¿Lo toma usted de ese modo? Tras de no pagarme, me insulta usted. Bien. No pienso volver por aquí; no tenga usted cuidado. Alfort me ha nombrado su representante.

DON LUCIO

¡Ah! ¡Canalla! Te vas con él para hacerme la guerra... ¡Tunante!

DIAZ

Basta de palabras fuertes, don Lucio.

AGUEDA (que entra al oir los gritos)

Pero, ¿qué pasa?

DIAZ

El padre de usted que se ha vuelto loco...

DON LUCIO

Sí, yo, que me he vuelto loco al tratar con este hombre, que me ha robado y me ha arruinado, y ahora se va á reunirse con un enemigo mío... Ja... ja... ¡Qué suplicio el de tener que estar agradecido, para un canalla de tu especie! ¿Eh?

DIAZ

Canalla... usted. Todo el pueblo lo dice.

DON LUCIO

Sí, pero tú eres, además, cobarde y rastrero...

DIAZ (con los ojos y los dientes brillantes)

Está usted malo.. Me voy... No le hago caso.

DON LUCIO

No hagas caso, no. ¡Valiente!

DIAZ

Y que le conste á usted que, por respetar su estado, no le contesto de otra forma.

AGUEDA (á su padre)

Papá, déjale.

DON LUCIO

Quita. *(A Díaz):* ¡Tú!... ja... ja... ¡A un Aizgorri...! ¿Por qué no le contestaste de otra forma al hermano de esa chiquilla engañada por tí, y que te abofeteó?

DIAZ

¿A mí? ¿A mí? *(A Agueda):* Ya ve usted que oigo con moderación los insultos de sn padre. *(Va hacia la puerta.)*

DON LUCIO

Anda, anda; date aires de príncipe, ¡mendigo!

DIAZ

Vuelva usted á decir algo más y no le salva ni el estar enfermo, ni el estar medio podrido...

AGUEDA

¡Jesús, Dios mío! *(Se interpone entre su padre y Díaz).*

DON LUCIO (á Agueda)

¡Quita! *(A Díaz):* Te ha hecho efecto, ¿eh? *(Tomando la botella y mostrándosela):* ¿Quieres un trago, viborezno?

DIAZ

Gracias. *(Se serena, se pasa la mano por el cabello reluciente, y sonríe.)* Un consejo, don Lucio, un consejo de amigo. ¿Sabe usted lo que dijo ayer el médico? ¿No? Pues, que con una impresión un poquito fuerte, le da á usted un ataque y tuerce usted la cabeza. ¡Ojo, don Lucio!

AGUEDA

¡Qué canallada!

DIAZ

¡Ojo, don Lucio! Hoy está usted congestionado. No le vaya á dar un ataque. *(Sale riéndose).*

Don Lucio le mira marcharse sin decir nada, se sienta en el siltón, llena el vaso de aguardiente, y se lo bebe á medias.

AGUEDA

Pero no bebas más... *(Quita la botella de encima de la mesa).*

DON LUCIO (concluye el vaso)

Sí... sí... quiero olvidar...

AGUEDA

Olvidar, ¿qué?

DON LUCIO

Todo... todo... *(Dejando el vaso vacío y señaladdo la carta que acaba de recibir.)* Lee eso.

Agueda pasa por encima la vista al papel.

AGUEDA

¿De manera que ya no nos queda nada?

DON LUCIO

Nada. Lo sientes por ti, ¿eh?

AGUEDA

Lo siento por todos.

DON LUCIO

Más por ti, ¿verdad?

Agueda no contesta.

Don Lucio mira durante largo tiempo á su hija y después cierra los ojos.

Entra Melchora, y al ver á don Lucio hundido en el sillón, con el rostro desencajado, se acerca á él.

MELCHORA

¿Qué hay? ¿Qué te pasa, Lucio?

DON LUCIO (abriendo los ojos)

Nada. Me ha herido á fondo...

MELCHORA

¿Has recibido alguna mala noticia?

DON LUCIO

Sí.

MELCHORA

¡Ah!... Ya decía yo... Por eso ayer aullaron los perros en nuestra puerta.

DON LUCIO (con vaguedad)

Aullaron, ¿eh? Oye Agueda, ¿está ahí Luis?

AGUEDA

Sí. *(Sale á la puerta.)* Ven, Luis.

MELCHORA (á don Lucio)

¿Se te pasa?

DON LUCIO (murmurando)

Sí... Oye, Agueda. ¿Qué ha dicho el médico de mí?

AGUEDA

Nada. No ha dicho nada. ¿No es verdad, Melchora?

DON LUCIO

Pero, si lo comprendo... Pero, si lo comprendo... Si, lo que ha dicho Díaz es verdad: ¡es verdad! ¡¡es verdad!!

LUIS (entra)

¿Qué pasa? ¿Qué tienes, papá?

MELCHORA (agarrando las manos á don Lucio)

Está frío. ¡Lucio! ¡Lucio! ¡¡Responde!!

DON LUCIO

Tengo frío... ¡mucho frío!... ¡mucho frío!...

LUIS

¿Es que papá está de broma?

AGUEDA (á Luis, con indignación)

Calla. *A Melchora.* Trae algo para abrigarle. Está temblando de frío.

Sale Melchora, y al poco rato vuelve con una capa. Tras de ella entra la loca de Elisabide, á quien ha encontrado en la escalera. Arropan á don Lucio, cuyos dientes castañetean.

MELCHORA

Lucio... Hijo... habla... contesta.

DON LUCIO

Frío... mucho frío.

AGUEDA

¿Todavía sientes frío?

DON LUCIO

Sí ¡Oh! ¡Pero qué luces me están pasando por la cabeza! ¡Qué luces! Son como rayos... como rayos...

MELCHORA

Es que estás soñando. ¡Habla! ¡Despierta!

DON LUCIO

Oye, Melchora. ¿Por qué aullaban los perros en la puerta de casa? Di.

LUIS

¿Pero, qué ocurre? Yo estoy aterrado...

MELCHORA (á la loca, por lo bajo)

¿Tú crees que se curará?

LA LOCA (sonriendo)

No.

DON LUCIO

¡Oh!... ¡Cuánta luz...! ¡Cuánta luz y cuánto ruído! *(Luego hace esfuerzos extraños para hablar, y dirigiéndose al techo grita con voz chillona):* Amá... amá... amá...

LUIS

Parece que habla con alguno. ¡Qué muecas hace!

MELCHORA (poniendo la mano en el hombro de don Lucio)

¡Hijo mío! ¡Soy yo! ¿No me conoces?

DON LUCIO

Amá... amá...

MELCHORA

Lucio... contesta. ¿Por qué no contestas?

LA LOCA (sonriendo)

No, no contestará.

AGUEDA

¿Por qué?

LA LOCA (señalando con el dedo al techo)

Porque ahora está hablando con los espíritus.

III

En el mismo cuarto de don Lucio. Sobre la cómoda se ven varios frascos, azules y blancos, botes y tazas.

Son las primeras horas de la tarde. Entra un sol brillante por la ventana. En el cielo, azul pálido, van nadando nubes, blancas como trozos de mármol.

Agueda y don Julián hablan, apoyados ambos en el alfeizar de la ventana. Don Julián, el médico del pueblo, es un señor grueso rechoncho, de bigote blanco y aspecto bondadoso.

AGUEDA

¿De modo que usted cree que va mejorando algo?

DON JULIAN

Sí. El estado general es mejor. Creo que

podrá restablecerse. Pero, ¡qué sé yo! La inteligencia me parece que no se le aclarará.

AGUEDA

Eso sería terrible, don Julián.

DON JULIAN

Sí, es verdad; mas, por otra parte, para un hombre tan inquieto como él, es el descanso.

AGUEDA

¿No sufrirá?

DON JULIAN

Nada. No. Ahora está en un sueño... Esto es frecuente en los alcoholizados.

AGUEDA

Pero mi padre, don Julián, no lo es.

DON JULIAN

Sí lo es, sí. No bebía mucho, es cierto, pero había bebido. Además, respiraba continuamente los vapores del alcohol. Hay más alcoholizados de los que se supone.

AGUEDA

Sí, ¿eh?

DON JULIAN

¡Si lo digo siempre! Esta fábrica vuestra concluirá por devorar al pueblo.

AGUEDA

Pero oiga usted, don Julián, porque á mí también me interesa ésto. ¿Tan malo es el alcohol?

DON JULIAN

¡Oh! Es el producto más terrible, el enemigo mayor de los hombres. Es el espíritu de la locura y de la muerte. Ya ves; todas esas furias, como la dinamita y la melinita, y otras que se agazapaban antes entre sustancias, al parecer sin maldad, en la glicerina, en el azúcar... pues todos esos explosivos modernos, que llevan una cola larguísima de catástrofes, no son tan terribles como el alcohol.

AGUEDA

Pero, ¡quién lo diría!

DON JULIAN

Es que los efectos del alcohol son lentos. El daño que hace en el padre, se manifiesta en el hijo ó el nieto.

AGUEDA

¿Y usted cree que en nuestro pueblo ha sucedido algo de eso?

DON JULIAN

¡Ya lo creo! Arbea era uno de los pueblos más fuertes de las provincias vascongadas, pueblo de agricultores, semi bárbaros, que vivía en este valle hundido. Los Aizgorris, tus antepasados, eran los señores, los jaunchos, como les llamaban aquí, gente aguerrida, con la hermosa crueldad del salvaje; hombres enérgicos, de músculos y de corazón duros como el acero. Vino tu abuelo y puso la fábrica, excitado por el lucro, y poco á poco el alcohol fué infiltrándose y la degeneración cundió por todas partes,

AGUEDA

¿Y de los padres ha pasado á los hijos, verdad?

DON JULIAN

Ahí está, precisamente, el mayor mal. Ese es el aspecto más triste de los efectos del alcohol; no mata, pero hace degenerar á la descendencia, seca las fuentes de la vida. Así, los hijos nacidos, desequilibrados y enclenques, pagan las culpas de los padres, por esa fatalidad inexorable de la herencia. *(Contemplando á Agueda, que está pensativa y ensimismada):* ¿En qué piensas?

AGUEDA

Pienso en la obra funesta de mi familia. *(Sonriendo con tristeza.)* Porque, para usted, nosotros hemos sido los envenenadores del pueblo.

DON JULIAN

¡Qué quieres que te diga!... Eso he creído siempre.

AGUEDA

Yo me lo figuraba también. Muchas veces he pensado que, si pudiera, cerraría la fábrica.

DON JULIAN

¡Qué beneficio sería para el pueblo!

AGUEDA

¿Y sabe lo que haría con la fábrica? Es una idea que se me ocurrió hace días, leyendo la vida de un santo. La convertiría en un asilo.

DON JULIAN

¿Sabes, chica, que á veces creo que vales mucho más de lo que vales?

AGUEDA

¡Bah!

DON JULIAN

Oye. ¿Es verdad que los acreedores van á vender la fábrica?

AGUEDA

Sí.

DON JULIAN

Y vosotros, ¿qué vais á hacer? ¿Tu hermano ha decidido alguna cosa?

AGUEDA

¡El! Nada. Desde antes de ayer á la mañañana que papá se puso malo, no sale de su

cuarto más que para comer, y allá anda paseándose de un lado á otro.

DON JULIAN

¿Le impresionó mucho el accidente de tu padre?

AGUEDA

Mucho. ¡Ha desmejorado en estos dos días de una manera!... Tiene usted que verle, porque yo creo que no está bien.

DON JULIAN

Bueno. Luego le llamas con cualquier pretexto. Oye; y Mariano, ¿ha venido á verte?

AGUEDA

Por la mañana ha estado aquí.

DON JULIAN

No te ha hablado estos días...

AGUEDA

¿De qué?

DON JULIAN

De... yo cría que era tu novio, vamos.

AGUEDA

Pues, no.

DON JULIAN

Estaba tan entusiasmado... no hacía más que elogios de ti...

AGUEDA

Somos buenos amigos.

DON JULIAN

El no manifestaba sólo amistad, no; algo más que amistad. ¿Se habrán apaciguado sus entusiasmos por el mal giro de vuestros negocios?

AGUEDA

¡Cómo se ve que no le conoce usted á Mariano!

DON JULIAN

Es verdad... le trato poco, como sabes... Dicen que es muy sensato.

AGUEDA

Y noble y leal.

DON JULIAN

... Que es dominador... adusto...

AGUEDA

Para mí siempre ha sido cariñoso y amable.

DON JULIAN

Que sabe lo que vale el dinero...

AGUEDA

Siempre le he visto generoso.

DON JULIAN

Mucho le elogias... ¿Te agrada?

AGUEDA

Sí... ¿A qué negarlo?

DON JULIAN

Y él... ¿te quiere?

AGUEDA

Creo que sí.

DON JULIAN

¡Y no sois novios!

AGUEDA

No.

DON JULIAN

Pues, dispénsame que te diga, hija mía, pero eso es muy raro.

AGUEDA (separándose de la ventana)

Sí. No digo que no. Ahora baja Luis. Voy á decirle que pase.

Agueda sale á la puerta del gabinete que da á la escalera, é invita á pasar á su hermano.

AGUEDA

Pasa, Luis... ¡Si está don Julián!

LUIS (entra)

¿Qué me quieren?

DON JULIAN (en voz baja)

¡Qué abatido está! Pobrecillo. (*Alto*): ¡Hola, chico! Ya hace tiempo que no te veo.

LUIS

Sí, es verdad. *(Se sienta en la silla con las manos apoyadas en los muslos.)*

DON JULIAN

Le decía á tu hermana que vuestro padre está tranquilo. No tiene cosa de cuidado, por ahora.

LUIS

No, ¿eh?

DON JULIAN

No. Lo que pasa es que no va á poder dedicarse á su trabajo, y como el dependiente se ha marchado, vais á tener que pensar en dirigir vuestros asuntos. Tendréis que trabajar.

LUIS

¡Trabajar!

DON JULIAN

Sí. Ahora, en estos casos, se ven los hombres. Tú ya lo eres... tienes energía...

LUIS

¿Yo?... ninguna.

DON JULIAN

¡Bah! La situación tuya y la de tu hermana son para abatir á cualquiera; pero ya ve-

rás, cuando empieces á trabajar, cómo te sientes fuerte y enérgico.

LUIS

¿Yo?

DON JULIAN

Sí, hombre; porque á ti te hace falta eso, una ocupación, tener quebraderos de cabeza.

AGUEDA

Es verdad... es verdad.

LUIS (con voz sorda.)

A mí lo que me hace falta es dinero.

DON JULIAN

Sí. Eso está claro. Pero no es mejor y más digno poder decir dentro de un año ó de unos meses: yo, por mi fuerza de voluntad, he salvado á mi familia de la miseria, yo...

LUIS (con ironía.)

Sí. Eso está bien en las novelas... pero en la...

DON JULIAN

En la vida pasa también. Créelo.

AGUEDA

¿De manera que tú no piensas trabajar?

LUIS

¿En qué? ¿En dónde?

AGUEDA

En la fábrica.

LUIS

¿Pues no la van á vender los acreedores?

AGUEDA

Si no es en la fábrica, en otro lado. Se buscará un empleo·

LUIS (con petulancia.)

Si hay sobra de gente en todas partes. Para cada empleo hay miles de pretendientes.

AGUEDA

¡Tú qué sabes! De modo que, según tú,

nos debemos echar al surco sin buscar ni ensayar nada.

DON JULIAN

No, si Luis no quiere decir eso.

LUIS (secamente)

Se engaña usted, don Julián. Eso es lo que quiero decir.

AGUEDA

Pero, Luis... por Dios. ¿Entonces qué piensas hacer?

LUIS (con furia)

¿Yo? Nada.

DON JULIAN (á Agueda)

Hoy está abatido. Se comprende. *(A Luis.)* Ya verás, cuando reacciones de tu abatimiento, cómo te sientes fuerte y enérgico y capaz de todo.

LUIS

Sí, sí. Cuando eso suceda, no lo niego.

DON JULIAN

¿Pero, tú, un Aizgorri, sin energía? Si parece imposible.

Luis se encoge de hombros.

AGUEDA

¿De manera que todo, menos trabajar?

LUIS (con indiferencia)

Sí, todo menos eso. *(Levantándose.)* Además, me están ustedes mareando con tanta pregunta. ¿No decian ustedes antes que el caso no era tan desesperado?

DON JULIAN

Y es verdad.

LUIS

Entonces, ¿para qué pensar en cosas tristes?

DON JULIAN

Hay que preverlo todo y mirar las cosas frente á frente, lo bueno y lo malo.

LUIS

No, no. Yo no quiero pensar en cosas tristes. *(Se levanta.)* ¡Me asusto! ¡Me asusto! (*Pasea, gesticulando, por el cuarto. Suena la campana de la verja.*) Me voy. *(Sale).*

DON JULIAN

¿Quién viene?

AGUEDA (asomándose á la ventana)

Es Mariano.

DON JULIAN

Este Luis... Lástima de muchacho. ¡Qué falta de sentido moral!

AGUEDA

¡Pobre Luís! *(A don Julián):* Aquí se ve lo que dice usted de la degeneración que va de los padres á los hijos, ¿eh?

DON JULIAN

Aquí *(confuso),* sí, aunque precisamente este caso...

AGUEDA

¿Para qué ocultar la verdad? *(Abre la ventana y se asoma á ella. Don Julián contempla á Agueda en silencio. Entra Mariano.)*

MARIANO

¿Cómo sigue el enfermo, don Julián?

DON JULIAN

En el letargo más completo.

MARIANO

¿Hay peligro de que suceda una desgracia?

DON JULIAN

No sé... no sé.

AGUEDA (volviendo la cabeza)

¡Hola, Mariano!

MARIANO

¡Agueda! *(Retiene, sin querer, los dedos de ella entre los suyos).*

AGUEDA (á don Julián)

Voy á escribir al tío Rafael, contándole lo que pasa. *(A Mariano):* ¿Me quiere usted tener presa?

MARIANO (soltando la mano de Agueda)

Perdone usted.

Agueda se sienta á escribir.

MARIANO (en voz baja)

Oiga usted, don Julián. ¿Qué dice Agueda de esta situación? ¿La conoce?

DON JULIAN

Sí.

MARIANO

Me han dicho que los acreedores van á vender la fábrica.

DON JULIAN

Es cierto.

MARIANO

¿Cómo va á quedar Agueda? ¿En la miseria?

DON JULIAN

No sé.

MARIANO

Quisiera consultarle á usted una cosa, don Julian.

DON JULIAN

Diga usted.

MARIANO

Yo quiero á Agueda y ella se me figura que me tiene algún cariño... pero, no sé por qué, me rechaza.

DON JULIAN

¿Le rechaza á usted?

MARIANO

Abiertamente. Yo me pregunto: ¿qué he hecho? ¿qué motivo tiene? Porque Agueda tiene algún motivo... no es una mujer superficial.

DON JULIAN

No, no. Siempre ha sido inteligente y sensata.

MARIANO

¿No es verdad? (*Contempla entusiasmado á Agueda.*) Y buena como un ángel.

AGUEDA (levanta la cabeza con melancolía.)

¿Por qué me miran ustedes así?

DON JULIAN (señalándole la frente.)

Queremos sorprender lo que hay escondido en esa cabecita rubia.

AGUEDA

¿Escondido? Nada.

DON JULIAN

¡Oh!... Lo averiguaremos.

AGUEDA

Yo lo ocultaré, en cambio.

DON JULIAN

Si puedes. Cuando el alma es leal y abierta, los sentimientos salen á la cara.

AGUEDA

Pues yo no soy tan tortuosa y sé ocultar mis preocupaciones.

MARIANO

¿Para qué ocultarlas á personas que la quieren?

AGUEDA

A esas más... porque cuando no se puede poner remedio al mal...

DON JULIAN

¿Al mal? ¿A qué mal? No comprendo tus preocupaciones. Me vas inquietando.

AGUEDA (con voz alterada.)

¿Por qué, don Julián?

DON JULIAN

Tú tienes preocupaciones y las ocultas. Graves han de ser... Y aquí, en esta casa...

AGUEDA (se levanta.)

¿Qué? ¿Teme usted que me pase algo?

DON JULIAN

No. Eso, no. Pero debes de comunicar tus inquietudes. Será, para tí, un consuelo. Esa

compañía eterna de la razón con una idea, cansa, cansa mucho y puede llegar hasta perturbar el cerebro.

AGUEDA

¡Oh, Dios mío!... Temía que me iba usted á decir eso..., sí, lo temía.

MARIANO

Pero ¿qué le pasa á usted? Está usted pálida.

AGUEDA

Nada... nada. *(Se acerca á la ventana y solloza.)*

DON JULIAN (á Mariano)

Déjeme usted sólo con ella. Haga usted compañía al enfermo.

MARIANO

Pero ¿cree usted que voy á tener valor para no ponerme á escuchar?

DON JULIAN

Escuche usted. Se lo autorizo.

Mariano sale al cuarto y quedan solos don Julián y Agueda. Don Julián va acercándose á la muchacha y le pone la mano en el hombro.

DON JULIAN

Vamos, Agueda, hija mía, ¿qué tienes?

AGUEDA

Nada, don Julián. Ganas de llorar solamente.

DON JULIAN

No... tus inquietudes... ¿Por qué no me las dices?

AGUEDA

¿Se ha marchado Mariano?

DON JULIAN

Sí. Habla. ¿qué tienes?

AGUEDA

¿Pero no ha comprendido usted que yo también soy de esos seres enfermos que llevan, como usted dice, la degeneración en la sangre?

DON JULIAN

¿Tú?...

AGUEDA

Yo, sí.

DON JULIAN

¿Tú, Agueda, enferma?... ¿Qué datos tienes para creer eso?

AGUEDA

Los tengo, don Julián, y terribles. *(Solloza.)*

DON JULIAN

Cálmate, Agueda. Cuéntame cuándo y cómo se te ha ocurrido esa idea.

AGUEDA

¡Oh! ¡Ya hace tiempo que la tengo aquí! Se me presentó cuando vi por primera vez á Luis. Yo tenía entonces catorce años, él nueve. ¡Estaba tan contenta con tener un hermano, á quien no conocía! Jugábamos, y me asombraba su mala intención. Cuando podía, me pellizcaba, me arañaba... ¡Tenía una crueldad con los pájaros!... Recuerdo que á un gorrión le cortó las patas.

DON JULIAN

Crueldad de niño.

AGUEDA

No, era mayor. Volvieron á traerle de Madrid, cuatro años después, y en aquella época me di cuenta de que mi hermano no era como los otros niños... Si se le contrariaba, le daban accidentes... mentía sin saber por qué... Le llamaron á usted para que le viese, y, delante de mi madre, habló usted de enfermedades que se transmiten de padres á hijos...

DON JULIAN

¿Y tú lo oíste?

ÁGUEDA

Sí.

DON JULIAN

¿Y te fijaste en mis palabras?

AGUEDA

¡Oh! ¡Cuánto me han hecho sufrir, Dios mío! De noche, sola, sin el amparo de mi madre, ya muerta, veía sombras que se echa-

ban sobre mí y dos alas negras á la cabecera de mi cama. Unas veces, aquellas alas obscuras me arrastraban por las nubes y me paseaban por encima de tierras negras, de lagos, también negros, con olas turbias é intranquilas. Otras veces, en medio de las tinieblas, veía una luz blanca, muy blanca, y en medio de aquella luz se dibujaba una figura, la de mi madre, y me sonreía dulcemente y me llevaba en sus brazos á ver regiones llenas de luz y de flores.

DON JULIAN

Tu imaginación estaba excitada por la soledad... ¿Y ahora, te pasa algo parecido?

AGUEDA

También. De noche me despierto con sobresalto y veo caras que me contemplan y siento que algo me acecha y me espía... Salgo al balcón de mi cuarto y veo la fábrica con sus ventanas iluminadas, ojos inyectados, de fiera, que buscan una presa en las negruras de la noche. Y luego veo el río á la luz de la luna y me turba, y contemplo el cielo estrellado y el corazón me palpita con fuerza ante un peligro que no comprendo.

DON JULIAN

¿No puedes dominar esas impresiones?

AGUEDA

No. Las domino á veces por un esfuerzo de voluntad, pero vuelven á renacer. Ahora mismo, cualquier cosa se me figura que puede tener influencia en mi vida; una estrella que corre, una luz que se apaga. Lucho contra todas esas ideas, pero temo, ahora más que nunca, quedar vencida, y que, en un momento de terror, me envuelvan completamente esas alas negras.

DON JULIAN

No, Agueda, no.

AGUEDA

Muchas veces se me ocurre pensar que sería mejor, mejor que vivir en esta lucha de esa sombra, que me atrae, y la voluntad, que me detiene, entregarme con los ojos cerrados y vagar, vagar y vagar por esos espacios infinitos.

DON JULIAN

No, Agueda. Sé fuerte. Ten voluntad.

AGUEDA (cambiando de voz)

Gracias, don Julián. Estoy más tranquila.

DON JULIAN

¿Por qué?

AGUEDA

Antes tenía la duda. Ahora tengo la certidumbre. *(Va hacia la puerta).*

DON JULIAN

¡Agueda, por Dios! ¡Oyeme!

AGUEDA

Hasta luego, don Julián.

Sale Agueda por la puerta que da á la escalera y al mismo tiempo Mariano, que ha oído la conversación, entra en el cuarto, completamente desencajado.

DON JULIAN

¿Ha oído usted?

MARIANO

Sí. Es espantoso. Ha ocultado una vida

llena de terror con su sonrisa. Tanta energía y tanta bondad. *(Se pasea por el cuarto).*

DON JULIAN

Sí, es extraño. También la bondad es una fuerza.

MARIANO

¿Y qué se hace?... ¿Usted cree que está enferma?

DON JULIAN

No sé. Quizás ese mal no exista más que en su imaginación.

MARIANO

¡Oh! Pero eso ha sido bastante para que haya pasado noches y noches horrorosas, extremecida de terror.

DON JULIAN

Sí. Es verdad. Es verdad.

MARIANO

¡Ah!... ¡La niña tímida! Y vivía con el corazón herido y sus ojos medían el abismo de la locura, y, sin embargo, sonreía y

bromeaba... ¡Las almas blancas...! ¡Las almas blancas, qué lecciones nos dan á los hombres!

Mariano se pasea, pensativo, por el cuarto. Don Julián, sentado en el sillón, está también meditabundo.

DON JULIAN

Agueda ha despertado en mí un antiguo proyecto que, si se llevara á cabo, podría ser muy beneficioso para ella y para el pueblo.

MARIANO

¿Qué proyecto es ese?

DON JULIAN

Cerrar la destilería y hacer en ella un asilo para los obreros inutilizados y enfermos.

MARIANO

¿Y qué se conseguía con eso?

DON JULIAN

Quizás mucho. Agueda ha identificado en absoluto el origen de la enfermedad de su

familia con la fábrica. La idea del asilo, es suya.

MARIANO

¡Ah!... ¿Es suya?

DON JULIAN

Sí. Sería hermoso trabajar para convertir esa casa de la muerte en asilo para los enfermos.

MARIANO

Las deudas de la fábrica ascenderán á mucho.

DON JULIAN

No sé. Si usted quiere, las veremos.

MARIANO

¿Usted cree, don Julián, que Agueda olvidaría sus preocupaciones si cerráramos la fábrica?

DON JULIAN

Yo creo que sí.

MARIANO

Háblela usted. Si usted ve que esa idea influye en ella ventajosamente, si ve usted que

la anima, dígamelo usted, y entonces, fortuna, trabajo, todo lo pondré para la realización de ese proyecto.

DON JULIAN

Le hablaré, Mariano. Y si usted está dispuesto á todo, á todo estoy dispuesto yo también. ¿Se va usted?

MARIANO

Sí. Cuando pase por el despacho llevaré el último de los libros de la destilería y haré el balance de las deudas en casa.

IV

Por la tarde. En la sala de respeto de la casa de Aizgorri, un salón grande y rectangular, alto de techo. Dos balcones, muy anchos, se abren en uno de los testeros que da á la fachada; de las dos paredes largas, que tienen más de un metro de espesor, una da hacia el interior, la otra está agujereada por tres ventanas. Las maderas de los balcones son de roble, con ensambladuras y adornos de talla en los dinteles y en las jambas.

Entra la luz fría del Norte por los dos balcones, cuyo saliente corre á lo largo de la fachada, negra y carcomida, de la casa de Aizgorri, adornada en el frontis por un enorme escudo.

En la sala, las paredes están cubiertas, hasta la altura de un hombre, con un zócalo

de nogal, que, en los sitios donde falta, está sustituído con papel obscuro, despegado en unos sitios y roto en otros.

En la parte alta de las paredes, pintada de gris. se ven grandes manchones de la humedad; el techo se halla cruzado por largas vigas, negras, torcidas y apolilladas, que se destacan en un fondo azul de Prusia, lleno de manchas blancas en los sitios descascarillados, claras y brillantes como las estrellas de los cielos espléndidamente azules de los nacimientos de juguete.

De la viga del centro pende una araña con sus prismas colgantes de cristal, fríos, iristes como estalactitas de agua helada que apenas descomponen, irisándose, la luz débil que viene de los dos balcones abiertos de la sala.

El ambiente que llena la estancia es algo opaco, parece un líquido tenue en el cual nadan los abjetos como en otoño las hojas caídas en las aguas tranquilas y frías de un estanque.

Es un ambiente triste, un aire de vetustez y de ruina, algo señorial, y al mismo tiempo campesino.

El suelo es de anchas tablas, alabeadas,

de nogal negruzco, frotado con cera rojiza; despide un olor de mastranzo, que da idea de algo sensual, y en su fondo, que brilla, se reflejan turbiamente, con cierto misterio, los muebles de la sala.

Sobre el piso de nogal hay varios retratos, en hilera, y entre uno y otro cuadro, espejos pequeños, biselados, como los que adornan las sacristías de las catedrales, casi todos rotos, con el marco negro, lleno de abalorios; algunos, de una luna tan clara y transparente, que, al reflejar los objetos, los impregnan de algo como una vibración dolorosa.

Entre los dos balcones se ve un cuadro grande: es el retrato del fundador de la casa, Machín de Aizgorri, un caballero cubierto con una armadura repujada. Tallado en el marco y pintado después, se ve el escudo de Machín, el cual es de dos cuarteles, uno que consiste en un monte rojo crestado en cinco pisos, sobre gules, correspondiendo á cada pico un lucero de oro, y el otro, en que aparecen, en primer término, dos lobos rampantes, de cuya boca cuelgan dos manos, y en el fondo un roble en campo de azur.

Los demás retratos son de una abadesa, de un obispo, de varios militares emparentados con la familia; todos con sus nombres y sus escudos.

Un par de bargueños, dos arcas talladas, de las cuales, una de ellas es, al mismo tiempo banco, y cuyo respaldo termina en la parte alta en dos escudos, un canapé rococó de madera dorada, de tela de seda, hecha con franjas verdes y azules, muy ajadas, y una porción de sillas de la misma clase, ennegrecidas y descascarilladas, á lo largo de las paredes, constituyen el mueblaje.

Enmedio de la sala, un braserillo en forma de copa, resto de esplendores pasados, se sostiene en un pie formado por tres garras de águila, que oprimen unas bolas.

Entran en la sala el vicario y el alcalde. El vicario es hombre alto, delgado, de nariz larga, que parece que está siempre olfateando algo, ojos de un gris azulado, cuarenta y cinco á cincuenta años de edad.

El alcalde es pesado, grasiento, barbudo, tímido y con cara aniñada, á pesar de sus cuarenta y tantos años. Esperan los dos en la sala.

EL VICARIO

¿Y esos señores?

EL ALCALDE

Se han quedado en el jardín. El francés quiere hacer un croquis de las inmediaciones de la casa.

Entran don Julián y Mariano y saludan al vicario y al alcalde.

EL VICARIO (á don Julián)

Aquí traigo, á remolque, al alcalde. Díaz y un señor extranjero han venido también con nosotros. Se han quedado en el jardín. En confianza: Díaz está muy pesaroso de haber dejado la casa, precisamente en momentos como los actuales; le trataron con mucha dureza, pero si se le necesita, está dispuesto á volver.

MARIANO

Dígale usted que no se le necesita.

EL VICARIO (á don Julián)

Porque ahora que hay que arreglar las cuentas...

MARIANO

No, no.

EL VICARIO (á don Julián)

Díaz tendrá sus defectos, pero es un buen muchacho, trabajador, religioso...

MARIANO

Muy trabajador y muy religioso, pero eso no le impide el volver locos á mis obreros, inculcándoles el santo odio al burgués y excitándoles á que me hagan una mala pasada.

EL VICARIO

Nada sé de eso. El cumple sus preceptos de cristiano. Ahora, las intenciones, Dios sólo las ve.

MARIANO

¡Oh! Las ve cualquiera. Afortunadamente, su maquiavelismo es bastante infantil.

EL VICARIO (siempre dirigiéndose á don Julián)

¿Y qué le ha pasado á don Lucio, de nuevo? Un ataque á la cabeza, según me han dicho.

DON JULIAN

Sí, efectivamente. Una hemorragia cerebral.

EL VICARIO

¡Caramba, caramba! Una cosa grave, ¿verdad?

DON JULIAN

Tan grave, que no espero que se cure.

EL VICARIO (hipócritamente)

¡Qué desgracia, señor! ¡Un hombre tan bueno!

EL ALCALDE

¿Bueno? *(Le da un ataque, simulado, de tos.)* Sí. . es verdad.

EL VICARIO

Según me han dicho, ha perdido el habla.

DON JULIAN

Completamente.

EL VICARIO

Entonces, ¡claro! no podrá disponer nada.

DON JULIAN

Es natural.

EL VICARIO (al oir ruido de pasos en la escalera, á don Julián)

Deben ser Díaz y ese señor francés.

Se abre la puerta, y aparecen Díaz y un tipo muy elegante, con melena negra, bigotes rizados, traje claro, y una flor en el ojal de la americana. Se levantan todos.

EL VICARIO (señalando sucesivamente al francés, á don Julián y á Mariano)

El señor Alfort... el doctor Aróztegui, don Mariano Unzueta.

Se saludan los tres.

EL VICARIO

Este caballero *(volviendo á indicar al francés)* había venido á Arbea con el objeto de hacer proposiciones á don Lucio. Ha sabido en el pueblo que está enfermo y quiere hablar con los hijos.

DON JULIAN

¿Ahora?

EL FANCES (Mr. Alfort)

No; ahora no.

DON JULIAN

Pero, siéntense. *(Se van sentando todos.)* Hoy están impresionados con el nuevo accidente de don Lucio.

ALFORT

¡Oh! Comprendido... Yo no quería más que ofrecerme á ellos por si les podía ser necesario en algo.

DON JULIAN

Gracias, muchas gracias.

ALFORT

¿Y qué es lo que le ha ocurrido de nuevo al enfermo?

DON JULIAN

Una hemorragia cerebral.

El francés tuerce, graciosamente, la ca-

beza, dando á entender, por su sonrisa, que no le haría ninguna gracia tener una hemorragia cerebral.

A esto sigue un largo momento de silencio.

EL ALCALDE

Oigame usted, doctor. ¿Es verdad que los que tienen el cuello corto están predispuestos á esos ataques?

DON JULIAN

Algo hay de cierto en eso.

EL VICARIO

Nuestro alcalde tiene miedo á esos ataques.

EL ALCALDE

Pues, se equivoca usted de medio á medio. Ya ve usted. Yo le pido á Dios que me mate de repente.

EL VICARIO

No diga usted disparates.

EL ALCALDE

¿Por qué? Si se muere uno de repente,

pues, ya se ve, no sufre, y yo lo que quiero es eso, no sufrir.

ALFORT (á Mariano.)

Es un verdadero epicúreo este señor. *(Mariano asiente con la cabeza).*

EL ALCALDE

Además, eso de tener el cuello corto ó no, yo creo que es una tontería. Ya ven ustedes, don Lucio no tenía el cuello muy corto ..

EL VICARIO

Deje usted eso, por Dios. *(A don Julián.)* ¿Y qué van á hacer esos muchachos? ¿Quién se va á encargar de la fábrica?

DON JULIAN

No sé. Si por mí fuera, la cerraría...

EL VICARIO

¡Cerrar la fábrica!

AMFORT (sorprendido.)

¡Epatant!

DIAZ

Perdone usted que le conteste, don Julián, pero creo que cerrar la fábrica sería quitar los medios de vivir al pueblo.

EL ALCALDE

Sí, sí, es indudable. Cerrar la fábrica es perder al pueblo.

DON JULIAN

Yo, en cambio, creo que es salvarlo.

EL VICARIO

¡Más de cien familias en la miseria!

EL ALCALDE

El movimiento del pueblo desaparecería.

DON JULIAN

Sí... no lo dudo. Pero, á cambio de esto ¡cuántos benefios!... Porque, hay que convencerse, la destilería está envenenando toda esta comarca. No hay más que borrachos y alcoholizados por todas partes

EL VICARIO

Sí, será verdad, pero, mientras tanto, ¿qué van á hacer esos obreros y sus familias?

EL ALCALDE

Sí. ¿Qué van á hacer?

MARIANO

¿No hay un proyecto de subida de aguas al pueblo? ¿No tiene Arbea dinero bastante para llevarlo á cabo?

EL ALCALDE

Sí, es verdad. Pero los propietarios no quieren ponerse de acuerdo con el Ayuntamiento, y todas son molestias.

MARIANO

Un cargo como el de usted tiene que originar molestias. Es cosa sabida.

EL ALCALDE

No lo decía, precisamente, por eso. Pero crea usted que, después de todo, perderá el pueblo; porque un pueblo se sostiene con

la industria... con el comercio... la agricultura... Se le quita una cosa de éstas y... y (*mira azorado á todos*).

EL VICARIO

¿Y qué? Concluya usted, hombre.

EL ALCALDE

Se me ha perdido la especie... Deje usted que recuerde lo que iba á decir.

EL VICARIO

No vale la pena. *(A don Julián.)* ¿De manera que Agueda tiene el pensamiento de cerrar la fábrica?

DON JULIAN

No. Es una opinión mía, nada más.

EL VICARIO

¡Ah!... vamos.

EL ALCALDE

Sí. Es una opinión, nada más.

ALFORT

En el caso de que la fábrica continuara, yo, por mi parte, no tendría inconveniente en abrir un nuevo crédito en obsequio á las circunstancias... He suministrado género á esta casa y tengo que cobrar de ella veinte mil pesetas, pero, sin embargo...

Se abre bruscamente la puerta y aparece Agueda en el umbral.

AGUEDA

¡Don Julián! ¡Don Julián! Venga usted. Está con otro ataque. No le puedo sujetar.

Se levantan todos.

DON JULIAN

Voy. *(A Mariano):* Venga usted también. *(Salen los dos.)*

DIAZ

¡Qué hermosa está.

ALFORT (llevando á Díaz al hueco del balcón y en voz baja).

¡Ah!... ¡Ah! mi amigo. Estáis enamorado

de la pequeña, ¿eh?... Mí ve... es bella. Pero á las mujeres mi amigo, no hay que tomarlas en serio.

DIAZ

¿Quién le ha dicho á usted eso?

ALFORT

¿Qué?

DIAZ

Que estoy enamorado.

ALFORT

¡Oh! He sido yo el que lo ha notado. ¿Quién es ese señor, viejo, que quiere cerrar la fábrica?

DIAZ

Es el médico, un antiguo amigo de la casa.

ALFORT

¿Y el otro?

DIAZ

Es el dueño de una fundición, en el pueblo de al lado.

ALFORT

Me parece que ese es un espíritu fuerte.

DIAZ

¡Bah!

(El alcalde y el vicario contemplando los retratos).

EL ALCALDE

¿Qué edad dice usted que tenía?

EL VICARIO

¿Quién?

EL ALCALDE

Don Lucio.

EL VICARIO

Habla usted como si hubiera muerto... Tiene cincuenta años.

EL ALCALDE

No puede ser. Debía tener más.

EL VICARIO

Como usted quiera. He visto su edad en la partida de bautismo.

EL ALCALDE

Pues estaba muy avejentado.

EL VICARIO

Está, hombre, está.

(El alcalde se pone á examinar con atención la sillería, los demás muebles y cuadros).

ALFORT (á Díaz)

Yo creo que si el médico y el fundidor se empeñan, no vamos á poder realizar el negocio.

DIAZ

¡Ah! Lo veremos.

ALFORT

Sería una lástima. La fábrica y los almacenes valen doscientos mil francos.

DIAZ

Sin disputa.

ALFORT

Mañana vendré á ver la destilería. Tendrán aparatos viejos... alambiques...

DIAZ

No, no lo crea usted. Aparatos nuevos, de Savalle, perfeccionados por don Lucio.

ALFORT (con ironía)

¡Oh!... Perfeccionados.

DIAZ

Sí, perfeccionados. Como usted lo oye. El amo de esta fábrica ha sido hombre de gran inteligencia. A ver qué fábrica hay que, ocupando tan poco sitio como ésta, pueda destilar mil quinientos litros por día.

ALFORT

¿Mil quinientos?

DIAZ

Mil quinientos.

ALFORT

¿Y fabrican sólo espíritu de vino?

DIAZ

No; se destila también alcohol de patata, de remolacha, de maíz. Ultimamente hicimos pruebas para obtener alcohol de madera y nos dió un buen resultado.

ALFORT

¡Oh! Pero es caro.

DIAZ

¡Caro!

ALFORT

Sí, porque se necesita hacer fermentar los jugos azucarados con levadura de cerveza.

DIAZ

Hay otros procedemientos, como usted sabe muy bien.

ALFORT

Sí, dejando que el jugo fermente sólo.

DIAZ

O ayudando la fermentación con el ácido sulfúrico.

ALFORT (sonríe)

¡Ah!... ¡Ah!...

DIAZ

Ustedes también lo emplean.

ALFORT

¡Oh! no, no. Es un veneno.

DIAZ

¡Bah! Poco veneno, no mata. *(Siguen hablando).*

. . . .

EL ALCALDE

Y á usted, ¿qué le parece? Yo creo que todo ésto se lo lleva la trampa, ¿verdad?

EL VICARIO

Es posible.

EL ALCALDE

Si entre todos pudieran salvar la fábrica, sería un gran beneficio para el pueblo.

EL VICARIO

Ya se ve que no ha estudiado usted en los jesuítas.

EL ALCALDE

¿Por qué?

EL VICARIO

Por nada, hombre, por nada. *(Con ironía):* Porque és usted demasiado prudente.

El vicario se acerca á Díaz y á Alfort.

EL VICARIO

Voy á ver qué pasa. Enseguida vuelvo.

Alfort y Díaz se inclinan. El alcalde se pasea aburrido por la sala.

. . . .

ALFORT

Dispense usted, señor, pero creo que está usted equivocado.

DIAZ

¡Bah! Si he analizado eso. La sacarina sustituye al azúcar en todos los jarabes que nos envía la Maison-Fortin.

ALFORT

Pues yo le digo que esa casa de París, á la que tengo el honor de representar en España, no manda productos falsificados.

DIAZ

Eso es fácil de comprobar.

ALFORT

No diré yo que algo...

DIAZ

Algo, no. Todo.

ALFORT

Además, la sacarina endulza quinientas veces más que el azúcar, y se disuelve perfectamente en el alcohol.

DIAZ

Sí, pero es un veneno.

ALFORT

¡Ah! *m' sieu,* usted lo ha dicho. *(Sonriendo y dándole una palmada en el hombro.)* Poco veneno no mata.

DIAZ

Me ha cogido usted la palabra.

Alfort se ríe de una manera afectada y presuntuosa.

DIAZ

Con los procedimientos que se usan en la

casa, puede dar la fábrica, ahora, al principio, de diez á doce mil duros al año.

ALFORT

No es poco.

DIAZ

Por veinticinco mil, contando el crédito, se queda usted con la casa, ayudándole yo, por supuesto.

ALFORT

¿Desinteresadamente?

DIAZ

Ya se lo he dicho. El sueldo y un veinte por ciento de las utilidades.

ALFORT

Farceur.

DIAZ

Se lo digo en serio.

ALFORT

¡Oh! no. Es mucho.

DIAZ

¡Qué va á ser!

ALFORT

Pschut. El alcalde se acerca.

EL ALCALDE

¿Qué les parecen á ustedes estos muebles? He oído decir que tienen algún merito.

ALFORT (incomodado)

No comprendo nada de eso.

El alcalde sigue mirándolo todo.

ALFORT (con desprecio)

¿Qué hace este señor?

DIAZ

Pensará comprar los muebles si se deshace la casa.

Entran el vicario y Mariano. Alfort se acerca presurosamente á ellos.

ALFORT

¿Pasa algo grave?

MARIANO

Un nuevo ataque.

Sigue un largo momento de silencio embarazoso.

EL VICARIO

Yo tengo que ir á la iglesia. *(Al alcalde, al francés y á Díaz):* ¿Vienen ustedes, señores?

ALFORT

Sí.

Salen todos, después de saludar ceremoniosa y friamente á Mariano, que queda solo.

MARIANO

Van después de olfatear la presa. Ahora empezará la lucha. Veremos quién vence. *(Se pasea por el cuarto.)* Agueda lo quiere. Antes de ser mía, exige que esta fábrica se cierre. Lo quiere. Eso basta. *(Se detiene á comtenplar el retrato que se halla sobre el sitial.)* Aquí está el fundador, Machín de Aizgorri, el guerrero que sembró el espanto en toda Guipúzcoa. ¡Pobre hombre! ¡Cómo degeneró tu casta! Al cabo de cientos de años, la savia enérgica de los Aizgorris no produce más que plantas enfermas y venenosas.

Pero entre su floración malsana hay un lirio blanco y puro, y ése yo lo arrancaré de la casa de Aizgorri, y lo llevaré donde hay sol y alegría y amor. Sí, Machín, no me importa ese gesto adusto, ni ese ademán altivo. Tu nieta, descendiente de los más nobles hidalgos, será la mujer de un fundidor, hijo de ferrones. Sí, lo será, lo será.

. . . .

En el zaguán, Mariano desata su caballo, atado por la brida á una herradura clavada en la pared, sale á la carretera y monta en la silla, y al trote largo se pierde pronto de vista en la carretera enlodada y amarillenta, en el ambiente húmedo y opaco, al caer de la tarde, bajo un cielo sucio y agrisado.

V

Pocas horas después; en el cuarto de don Lucio. El fuego se va consumiendo en el brasero, una chispa brilla en la obscuridad, sobre la ceniza, como el ojo inyectado de una fiera. Está anocheciendo, y las sombras se han apoderado de los rincones del cuarto. Una candileja, colocada sobre la cómoda, alumbra, de un modo mortecino, la estancia. Se oye cómo caen y se hunden en el silencio del crepúsculo las campanadas del Angelus.

Desde la ventana se perciben, á lo lejos, rumores confusos de dulce y campesina sinfonía, el tañido de las esquilas de los rebaños que vuelven al pueblo, el murmullo del río, que cuenta á la Noche su eterna y monótona queja, y la nota melancólica que

modula un sapo en su flauta, nota cristalina que cruza el aire silencioso y desaparece como una estrella errante. En el cielo, de un azul negro intenso, brilla Júpiter con su luz blanca.

LUIS (asomado á la ventana, hablando mentalmente)

Estoy, estoy decidido. ¡Qué casa más horriblemente triste! Y pensar que ahora, allá, en Madrid, se apretará la gente en las calles, llenas de luz y de ruido, y que yo estoy aquí, enfrente de esos montes, enfrente de este anochecer interminable... Me parece que oigo gritos. Voy de un lado á otro, acosado por el miedo... Esos retratos de la sala me miraban...Yo me voy, yo me voy de aquí. ¡Si papá hubiese dejado algún dinero en el cajón! *(Se acerca á la mesa).* Aquí lo guardaba. ¿Estará cerrado? *(Aprieta por bajo el cajón, que se abre, y lo registra).* ¡Ah! ¡un billete de veinte duros!... Me salvé. Y la diligencia no ha pasado todavía.

Se guarda el dinero en el bolsillo y comienza á pasearse por el cuarto.

LUIS

Si voy á la plaza, á tomar la diligencia, me verán, me preguntarán qué sucede. Subiré al coche cuando pase por aquí. *(Se oyen pasos)*. ¿Quién será?... Mi hermana.

Agueda entra y deja una taza sobre la cómoda.

AGUEDA (en voz baja)

¿Estabas aquí?

LUIS

Ya ves... ¿Y papá?

AGUEDA

¡Mal! Pasa á verle.

LUIS

No; pasaré después. ¿Tú crees que se encuentra grave?

AGUEDA

Sí, muy grave.

LUIS

¿Crees... que se morirá pronto?

AGUEDA

¡Qué preguntas!... Parece mentira que dígas eso...¿Qué hacías aquí vestido para salir?

LUIS

Iba á dar una vuelta.

AGUEDA

¡A esta hora!

LUIS (encogiéndose de hombros)

Una ocurrencia.

AGUEDA

¡Pero, si está lloviendo!

LUIS

¡Psche! ¿Qué importa?

AGUEDA

No. Tú tramas algún proyecto. Lo has estado pensando toda la tarde, y ahora lo quieres realizar. Di. ¿Qué vas á hacer?

LUIS

Yo... nada

AGUEDA

Si no lo puedes negar... Te conozco... estás tembloroso. ¿Qué piensas?

LUIS

Te digo que nada.

AGUEDA

No me lo quieres decir. Bien. *(Agueda se sienta. Luis comienza á pasear por el cuarto.)*

LUIS

¿Qué hora es?

AGUEDA

Van á dar las nueve.

LUIS (con voz interior)

Es la hora. *(Alto):* Voy á salir.

AGUEDA

Pero, ¿á qué vas á salir?

LUIS

Ya te he dicho que á dar una vuelta.

AGUEDA

¡Ah!... no me engañas. He oído que antes preguntabas á Melchora cuándo salía el coche correo y empiezo á comprender el por qué de la pregunta.

LUIS

Pues bien. Si lo comprendes, mejor. ¡Ea! Quiero marcharme.

AGUEDA (que ha querido sacar con una suposición la verdad, llena de asombro)

¿Marcharte? Pero ¿á dónde?

LUIS

A casa del tío Rafael.

AGUEDA

¿A Madrid? ¿Y me vas á dejar sola? ¡Oh! No harás tal cosa. Piensa en que papá está enfermo de gravedad, en que podría suceder que esta misma noche...

LUIS

Por eso... por eso mismo... no quiero quedarme.

AGUEDA

Pero la tuya es una cobardía horrible...

LUIS (encogiéndose de hombros)

Lo será; no lo niego.

AGUEDA

¿Qué va á decir todo el mundo de ti?

LUIS

Que digan lo que quieran.

AGUEDA

El mismo tío Rafael te afeará tu conducta y te despreciará y no va á querer tenerte en su casa... Piensa, Luis, piensa.

LUIS

Al tío Rafael le contaré una mentira.

AGUEDA

Pero, Luis, por Dios, ya irás á Madrid; pero, espera, aunque no sea más que un mes.

LUIS

No... no.

AGUEDA

Una semana.

LUIS

Que no; te digo que no.

AGUEDA

Un día, Luis, aunque no sea más que un día.

LUIS

Ni un minuto. ¿No ves que tengo miedo, un miedo terrible de estar en esta casa, que estoy temblando con la idea de pasar aquí la noche?

AGUEDA

Yo también tengo miedo, ¿sabes? yo també. Quédate á mi lado y juntos estaremos más tranquilos.

Se oye ruido de campanillas á lo lejos.

LUIS

Déjame marchar, Agueda. *(Solloza.)* Perdóname y deja que me marche. Si no, me voy á morir aquí. ¿Me dejas?

AGUEDA

Vete.

Luis va rápidamente hacia la puerta, luego se vuelve y tiende los brazos á su hermana, que le abraza y le besa.

LUIS

¡Adiós, Agueda! *(dice sollozando, y escapa con rapidez).*

Agueda se sienta en el sillón, junto á la chimenea, y apoya la cabeza en la mano.

AGUEDA

¡Qué vida la nuestra!... ¡Qué horrible desgracia!...

Pasea Agueda ensimismada durante algún tiempo y sigue meditabunda hasta que ve entrar á don Julián, que llega con el traje de la calle. Melchora va delante alumbrándole con una palmatoria.

DON JULIAN (en voz baja)

Buenas noches, Agueda. ¿Cómo está tu padre ahora?

AGUEDA

Sigue durmiendo.

DON JULIAN

De manera que no hay novedad.

AGUEDA

Sí, don Julián. . Luis se marcha.

DON JULIAN

¿Que se marcha? ¿A dónde?

AGUEDA

A Madrid.

DON JULIAN

¡Pero, eso es una locura! ¿No sabe el estado en que se encuentra vuestro padre?

AGUEDA

Sí.

DON JULIAN

Y entonces, ¿por qué le has dejado marchar?

AGUEDA

Hubiera sido peor que se quedara.

MELCHORA

¡Se marcha Luis!... Jesús María y José. ¡Qué hijos, Dios mío! ¡Qué hijos! Sí, y vendrán más desgracias. ¡Ya me lo figuraba yo! Por eso aullaron noches pasadas los perros en nuestra puerta.

DON JULIAN

¡Calla! No digas tonterías.

MELCHORA

Sí. Buenas tonterías... ¡Jesús, Dios mío, Jesús!

DON JULIAN

Voy á detenerle. Eso es un disparate.

AGUEDA

¡Déjele usted! Casi vale más que se marche.

DON JULIAN

¡Pero, por Dios! Vuestro mismo tío le va á despreciar, al saber lo que ha hecho.

AGUEDA

¿Y si quedándose en casa le pasaba algo?

DON JULIAN

¿Pasarle? ¿Qué le va á pasar?

AGUEDA

¡Quién sabe!

Don Julián mira, extrañado, á Agueda. Suena el reloj del cuco en la casa, dando las nueve. Al poco rato se oye el ruido de los cascabeles del coche que pasa por la carretera.

AGUEDA

Ahí va. *(Se asoma á la ventana.)* Ya se acerca el coche... ahora se ha escondido entre los árboles. El pobre, me saluda con el pañuelo. *(Agueda saca el suyo y lo agita en el aire.)* ¡Ay! Me parece que no le voy á volver á ver.

Suena nuevamente el reloj del cuco dando las nueve, y hay un largo momento de silencio, en que Agueda, don Julián y Melchora callan, entregados, como están, á sus pensamientos.

DON JULIAN (levantándose para marcharse)

Oye, Agueda. Hoy no pensarás quedarte aquí á pasar la noche...

AGUEDA

¿Por qué no?

DON JULIAN

Porque te encuentras excitada. Le diré á la mujer de Zubiaurre que venga, y velará, con Melchora, á tu padre.

AGUEDA

No, no.

DON JULIAN

Yo digo que sí. ¡No te vas á quedar sola en casa!

AGUEDA

No hay necesidad de molestar á nadie esta noche. Melchora y yo nos quedaremos.

DON JULIAN

Si te empeñas... Pero no creo que te conviene velar. Podía...

AGUEDA (adivinando su pensamiento)

Sí, podía pasar algo.

DON JULIAN

¿Qué ha de pasar? No te comprendo...

Pero... Nada, como quieras. Yo tengo que hacer una visita en un caserío; dentro de una hora, ú hora y media, estoy aquí.

AGUEDA

Bueno, don Julián.

El médico sale acompañado por Melchora, que le va alumbrando con la candileja. Al salir, don Julián murmura á pesar suyo: ¿Y si pasa algo? y siente como un presentimiento en el alma.

Queda el cuarto á obscuras. Se marca en el suelo la luz roja que sale de la alcoba del enfermo; mientras tanto, la ventana se va iluminando con la luz espectral de la luna.

AGUEDA (sola, mentalmente)

¡Ya ha empezado la noche!... ¿Será una noche crítica en mi vida? ¡Quién sabe lo que pasará! *(Suenan lentas, monótonas, las campanadas del reloj de la iglesia).* ¡Qué sonido más triste el de esa campana! Parece su voz, voz del misterio, voz de los muertos. *(Toma en la mano un medallón, que cuelga por una cadenita de su cuello, y lo besa re-*

petidas veces). ¡Madre! ¡Madre! Siento que tu alma me rodea y vela por mí. ¡Oh! ¡Protégeme! Lleva algún consuelo á mi pobre cabeza trastornada.

Entra Melchora y tras de ella Erbi, que viene sin hacer ruido al andar. Melchora va colocando sobre la mesa botellas, tazas y una maquinilla de alcohol.

MELCHORA

¿Cerraré la ventana, Agueda?

AGUEDA

No; no corre ni chispa de aire. ¡Está tan hermosa la noche!...*(Se asoma á la ventana).*

MELCHORA

Ha llovido tanto, y luego ha quedado raso.

AGUEDA

Voy á sentarme aquí. *(Acerca una silla á la ventana y se sienta. Melchora hace lo mismo. El perro se enrosca en el suelo)*

AGUEDA

¡Cómo brillan las estrellas!

MELCHORA

Mire su merced una allá cómo ha corrido. Alguna carta.

AGUEDA (mentalmente)

¡Qué silencio más completo y más triste!... Me parece sentir el aire lleno de ruidos y la soledad llena de sombras. *(Se oye cantar, á lo lejos, un zortzico):*

Uso zuriya erra zu
Nora juaten zera zu
Ezpañiaco portuya oro
Elurrez betiac dituzu
Gaurço zure ostatu
Nere echian badezu.

¿Quién será el que canta?.,. Algún leñador que vuelve del monte... ¡Qué canción más triste!... Brota de un alma, saturada de amarguras, como la mía. *(A Melchora):* Parece que se ha tranquilizado, ¿eh?

Melchora mueve la cabeza en señal de afirmación.

AGUEDA (mentalmente)

¿Qué resplandor será aquel que aparece

entre los árboles?... ¡Ah! Es el reflejo de la luna en el agua que inunda la huerta. *(Alto.)* ¿Te duermes, Melchora?

MELCHORA

Estoy rezando.

AGUEDA

Se me figura que este es uno de los paisajes de mis sueños. ¡Qué sinfonías más extrañas hace el agua de la presa en el silencio de la noche! *(Alto)* Oye, Melchora. ¿Qué serán aquellas luces que corren, allí, en el monte?

MELCHORA

Aquellas luces... ¡ah!.., ¡ah!... ¿No sabe su merced, de veras, lo que son esas luces?

AGUEDA

No, no lo sé. Brillan como estrellas.

MELCHORA

Pues no son estrellas.

AGUEDA

Las teas de algunos pastores que buscan ovejas perdidas...

MELCHORA

Con tiempos como el de hoy no sacan el ganado al monte en los caseríos.

AGUEDA

Entonces, ¿qué son esas luces?

MELCHORA

Esas luces... son espíritus, almas en pena que rondan por los montes y están purgando en el mundo los males que hicieron.

AGUEDA

¿Crees tú?

MELCHORA

No es que lo crea yo. Muchos mozos del pueblo han querido acercarse á esas luces, que escapan como el viento.

AGUEDA

Y esto, ¿es mala señal el verlo?

MELCHORA (moviendo la cabeza)

La verdad, no me gusta... Estos días los perros aullando en nuestra puerta... hoy esas luces...

AGUEDA

Y tú, Melchora, ¿tienes miedo á esas luces... á esos espítitus?

MELCHORA

Yo, no. Nunca les he hecho daño. Algunas veces me insultan, me dicen muchas cosas malas; pero yo no les contesto.

AGUEDA

¿Por qué?

MELCHORA

Podrían ofenderse.

AGUEDA (mentalmente)

¡Cómo me atraen sus palabras! Siento esas alas negras de mis sueños, que vienen á acariciarme.

VOZ LEJANA

¡Amá!... ¡Amá!...

MELCHORA

¿Ha llamado? *(Erbi levanta la cabeza y estira las orejas).*

AGUEDA

No, debe ser el viento. Es el viento. Y di, ¿yo tengo que temer algo de esos espíritus?

MELCHORA

No, no. ¿Por qué?

AGUEDA

¡Ah!... Dices eso poco convencida. *(Se ríe con una risa nerviosa de terror.)* Di, dime francamente, ¿qué debo temer?

MELCHORA

¡Ah!... Eso no lo sé, pero, créame su merced, hay alguna mujer que ha hecho mal de ojo á su familia.

AGUEDA

¡Una mujer! ¿Quién?

MELCHORA

¡Ah!... Tampoco lo sé. Sólo los inocentes saben esas cosas.

AGUEDA

¿Los locos?

MELCHORA

Sí, los inocentes son como los niños, y los niños saben muchos misterios que nosotros no conocemos, hasta después de morir. Sí, ellos, ellos. ¿No ha visto á las criaturas cómo sonríen, en la cuna, mirando al cielo? Es porque las Vírgenes y los Santos se les aparecen y les hablan, y ellos ríen dulcemente, porque comprenden el lenguaje de Dios, de cuando eran ángeles.

AGUEDA

Y oye... ¿El mal de ojo no se puede curar?

MELCHORA

¡Quién sabe!

AGUEDA

¿No se curó la mujer del caserío Goizueta?

MELCHORA

Sí, es verdad. Pero, ¿cómo le curó la abuela de Sorozarra? Haciendo pasar el mal de la madre al hijo. Por eso el niño murió tan pronto.

AGUEDA

Sí. Es verdad.

MELCHORA

El mismo día que fué la abuela, el niño, que era muy hermoso, se fué poniendo pálido, muy pálido, y cuando murió, por más esfuerzos que hicieron para cerrarle los ojos, bajándole los párpados, no pudieron conseguirlo, y un moscardón anduvo revoloteando junto á él y nadie se atrevió á espantarlo.

AGUEDA (mentalmente)

¡Oh! Me parece que me voy hundiendo en el abismo de lo misterioso.

UNA VOZ LEJANA

¡Amá!... ¡Amá!...

AGUEDA

Parece que han llamado.

MELCHORA

No, es el viento. (*Dejan de hablar y escuchan*).

AGUEDA

¡Melchora!

MELCHORA

¿Qué?

AGUEDA

¿Habrá alguno en la fábrica?

MELCHORA

No.

AGUEDA (señalando por la ventana)

Me ha parecido ver una luz allí.

MELCHORA

¡Bah!... El perro de la fábrica hubiera ladrado.

AGUEDA

Sin embargo, yo he visto una luz junto al dique.

MELCHORA

No puede ser.

Se callan las dos durante largo tiempo. Oyense, á lo lejos, los aullidos de un perro. Águeda y Melchora se miran y tiemblan. Erbi ladra furioso.

MELCHORA (se levanta asustada)

¡Allí!... ¡Allí!

AGUEDA

¿Qué hay?

MELCHORA

Allí (*señalando desde la ventana*) ha pasado una sombra blanca.

AGUEDA

Calla, mujer; si es el manzano en flor que está junto á la alberca.

MELCHORA

Es verdad. Es verdad *(Cesan los aullidos. Erbi gruñe sordamente)* ¡Gracias á Dios! No sabe usted lo que me asustaría ver una sombra. Y ahora más.

AGUEDA

¿Por qué?

MELCHORA

Mi madre me contaba que, una noche, en el bosque de nuestro caserío, vió, á la luz de la luna, la sombra de un hombre que se parecía á su padre, una sombra blanca, muy blanca, que cortaba leña con un hacha. A otro día su padre, que era leñador, murió de repente.

AGUEDA

¡Qué extraño!

MELCHORA

No, eso pasa siempre. Cuando un hombre se va á morir, su espíritu se escapa de su cuerpo y se aparece en el campo y en las casas.

Se oyen nuevamente los aullidos del perro de la fábrica. Erbi se acerca á la alcoba, y, con el hocico levantado, aulla de un modo lastimero. Agueda se asoma á la ventana y mira varias veces á todos lados. Después, agarrando á Melchora por el brazo, señala en la huerta, en dirección al río.

AGUEDA

Melchora... tienes razón. Allí hay alguno.

MELCHORA

Una sombra... una sombra...

AGUEDA

Y el perro aulla.

Miran las dos, desde la ventana, la sombra que pasa lenta, muy lentamente.

VOZ LEJANA

¡Amá!... ¡Amá!...

AGUEDA

Ahora sí que te ha llamado.

VOZ LEJANA

¡Amá!.. ¡Amá!...

MELCHORA (se levanta y entra en el cuarto)

¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Vuelve á salir y huye despavorida).*

Agueda se asoma á la puerta de la alcoba y mira, y al darse cuenta de que la Muerte ha pasado por allí, cierra los ojos y espera algo, algo que va á caer sobre su alma, á hundirla para siempre, en el abismo de la locura. Y Agueda nota que retozan en su alma las sonrisas de las fantasias enfermas, las largas y vibrantes carcajadas; pero, de pronto, un impulso enérgico le dice que su razón no vacila, y ante lo inexplicable y ante la muerte, su espíritu se recoge y se siente con energía y victoriosa de sus terrores, entra con tentitud en la alcoba de su padre, se arrodilla junto á la cama y reza largo tiempo por el alma del muerto.



VI

El comedor de la posada principal de Argoitia. En el centro hay una mesa cubierta con hule blanco, y á los lados de ésta dos veladores. El cuarto se halla iluminado por dos quinqués de petróleo, que cuelgan del techo. Comunica, por una puerta, con la taberna. En el extremo de la mesa central, juegan al mus: Martínez, el cabo de la guardia civil, hombre bigotudo, de aspecto terrible; el dueño de la posada, que es, al mismo tiempo, panadero, que espera la subida de la masa, en camiseta, con los brazos al aire, y calculando el tiempo que pasa por las partidas que juega, y otros dos, con tipo de labradores acomodados.

Al extremo de la mesa están: un belga, alto y rubio, que masca tabaco, escupiendo continuamente, y bebe una mezcla de cerveza y de aguardiente de caña; dos capataces de la fundición de Mariano; Garráiz, un

obrero joven, y Galo, su cuñado, labrador y sacristán del pueblo.

En una de las dos mesas pequeñas, que están junto á la ventana, se encuentran el confitero y el secretario del ayuntamiento, dos compadres de buen humor, que se pasan la vida cantando juntos. En la misma mesa donde están tomando café, tienen el uno su guitarra y el otro la flauta.

En la taberna, en donde se hallan reunidos los fundidores de la fábrica de Mariano y algunos mineros, se oye una baraúnda de voces ensordecedora.

EL CONFITERO (á los jugadores)

¿Quién gana?

EL PANADERO

Estos *(señalando á los contrarios.)* Martínez debía de haber envidado ahora, y nada...

MARTINEZ (ceñudo)

¡Si es que esos de ahí fuera, con tanto gritar, le vuelven á uno loco!

EL CONFITERO

Yo no sé qué tienen que discutir tanto. Si quieren declararse en huelga, que lo hagan, pero que no fastidien. ¿Han visto ustedes á Díaz? Está ahí.

MARTINEZ

Sí, ya lo he visto.

EL CONFITERO

Ese, quizás sabría cómo se han hundido las cuevas en la destilería.

MARTINEZ

¡Valiente granuja! ¡Si le cogiera por mi cuenta...!

EL CONFITERO

¿Han visto ustedes cómo miraba esta mañana á Agueda en los funerales de don Lucio, con qué descaro?

Entra Díaz y, sin saludar á nadie, se acerca á uno de los capataces.

DIAZ (al capataz)

Ahí están todos conformes. Usted, ¿qué decide?

EL CAPATAZ

¡Arrayua! ¡Qué compromiso! El caso es que el patrón...

DIAZ

Bueno. Usted dirá.

EL CAPATAZ

Eso de ir en contra de Mariano. .

DIAZ

No es que se vaya en contra de nadie. Los mineros también se declaran en huelga. Hay que obligarles, á todos, á que suban los jornales.

EL CAPATAZ

Sí, sí. Es verdad.

DIAZ

¿De manera que se cuenta con usted ó no?

EL CAPATAZ

Bueno.

Sale Díaz, y el capataz queda pensativo.

GALO, el sacristán, á Garráiz.

Ya verás. Mañana no trabajan en la fábrica.

GARRAIZ

¡Bah!

GALO

Tú lo verás. Y si no trabajan y dejan las obras, se arruina Mariano, porque como en el contrato está puesto que tiene que concluir las máquinas para mañana...

GARRAIZ

¡Tú qué sabes cómo está hecho el contrato!

GALO

Me lo han dicho.

GARRAIZ

¡Qué ganas tenéis todos de hablar de cosas que no sabéis!

GALO

Pues si mañana se declaran en huelga, yo, como Mariano, para darles en la cabeza, cerraba la fábrica.

GARRAIZ

¡Tú pronto lo arreglas todo! ¿Y qué iba á hacer el patrón?

GALO

¿Qué? Comprar tierras. Si no hubiera fábricas no pasaría, como ahora, que en este pueblo hay más castellanos y gallegos que vascongados.

GARRAIZ

¡Con eso tú perderás mucho!

GALO

No... Pero ya te digo. Si fuera como él, mandaría á paseo la fábrica y compraría una buena casa con sus buenas tierras, y á vivir.

GARRAIZ

¡Ah!... Ese es un modo de vivir muy triste.

GALO

¡Triste! ¿Pues qué son tus padres sino labradores? ¿Qué has sido tú hasta que te dió la ocurrencia de ir á Bilbao á entrar en un taller?

GARRAIZ

No; si yo no me creo más ahora que antes. Sólo digo que ese modo de vivir es mezquino, y más para el que está acostumbrado á otra cosa.

GALO

No sé por qué.

GARRAIZ

Sí, hombre, sí. La tierra no es leal. La trabajas, echas una buena semilla, pero no llueve, y se acabó, ó llueve demasiado, ó hay heladas, ó pedriscos... ¡Ah! *(con desdén)* no me hables de eso.

GALO

¿Y las máquinas, Garráiz? Son peores todavía. El pobre Domingo-chiqui podría decirlo, que allá, junto al volante grande, murió hecho pedazos.

GARRAIZ

Sí, es verdad. Las máquinas tienen sus rabias, pero ¡qué demonio! bajan la cabeza.

Yann, el belga que masca tabaco, escucha la conversación atentamente.

GALO

Sí, sí. Mucho confiáis vosotros en vuestra sabiduría. Así os estáis volviendo todos medio herejes.

GARRAIZ

¿Te duele eso porque eres sacristán?

GALO

No por eso, pero todos sois medio herejes.

GARRAIZ

Quizás tengas razón. Cuando no puede uno dirigir sus cosas, reza. ¿Qué va uno á hacer?... Pero cuando queda un recurso, por muy pequeño que sea, ¡vaya! se trabaja. Los labradores rezan cuando no llueve, no pueden hacer otra cosa... Si pudieran regar...

GALO

Y vosotros, ¿qué hacéis?

GARRAIZ

Nosotros... lo que nos da la gana... Que vaya un chico ahora á mi taller .. En este momento todo estará parado; si quiere baja

la compuerta de la presa y empiezan á funcionar las dínamos, y la correa sin fin se desliza junto al techo y el volante rueda...

GALO

Menos cuando una máquina se para, dice que no y *crac*...

GARRAIZ

Eso pasa pocas veces.

GALO

¿Pocas? Pues ahí he visto yo, cuando quisieron poner el horno alto, al ingeniero y al patrón y al maestro fundidor, sin saber qué hacer, porque del horno, con el mismo calor que otras veces y con el mismo mineral y con todo lo mismo, no salía el hierro bien.

GARRAIZ

¿Sabes lo que quiere decir eso? Que no se sabe todo lo que se debía saber.

GALO

Lo que me choca es que tú, con tus ideas, no te entiendas con esos de la huelga.

GARRAIZ

Pues no te choque. Para mí, ¿sabes quiénes están dirigiendo esto de la huelga? Los ricos del pueblo de al lado.

GALO

¡Bah!

GARRAIZ

Sí, hombre. Uno de ellos, el alcalde, que saca una buena renta á las casas que alquila á los obreros de la destilería.

GALO

El alcalde de Arbea no necesita de eso.

GARRAIZ

No, pero le gusta la moneda. El vicario y los dos curas piensan que, si pierde importancia el ayuntamiento de allá, lo unen al de aquí, como ya han dicho, y mandan los liberales.

GALO

Sí, claro. Como tú eres de los negros... Eso de la huelga es cosa únicamente de los

obreros. Ya ves, los de las minas también dicen que van á dejar el trabajo.

GARRAIZ

Ya lo veremos.

GALO

Tú no quieres creer en nada

GARRAIZ

¡Si siempre están diciendo lo mismo! Ese charlatán de Díaz les está volviendo locos á todos.

GALO

Calla, que viene otra vez. A ver si te oye.

GARRAIZ

Que me oiga.

Díaz entra en el cuarto y se acerca á los que juegan al mus.

DIAZ (al panadero)

¿Qué hay, Arbillondo? ¿Todavía aquí? Ya debe estar subiendo la masa.

EL PANADERO

Sí, ahora estará subiendo. *(Filosóficamente)* Concluíremos de perder.

DIAZ (al cabo de la guardia civil)

¿Y qué se dice de la huelga, Martínez?

MARTINEZ (que acaba de perder la partida)

Eso usted lo debe saber mejor que yo.

DIAZ

Hombre, ¿y por qué?

MARTINEZ

Allá usted y los carlistas del pueblo de al lado.

EL PANADERO (brutalmente)

¿Qué tienen que ver los carlistas?

MARTINEZ

Sí, señor... los carlistas. ¡Si lo sabemos nosotros! Y si yo estuviera en el Gobierno, ¿me entiende usted? *(al panadero)* no dejaba un carlista vivo.

EL SECRETARIO

Ya está disparado el cabo.

MARTINEZ

Por aquí lo que hace falta, ¿me entiende usted? *(al secretario, que tiene fama de carlista)* es un hombre que hiciera lo que hizo el general *Ocho* con la *Bendee;* arrasarlo todo, ¿me entienden ustedes? *(paseando la mirada fosca porla sala)* y no dejar piedra sobre piedra.

DIAZ

Desgraciadamente, Martínez, el Gobierno no ha comprendido sus méritos.

MARTINEZ

Bueno. *(Se levanta.)* Me marcho, para estar preparado. *(Mirando á Díaz.)* No le arriendo la ganancia á quien quiera armar bronca mañana.

DIAZ

¿Lo dice usted por mí?

MARTINEZ

Lo digo por quien lo digo. ¿Me entiende usted?

DIAZ

Sí, señor, le entiendo No soy tan bruto como usted... se figura.

MARTINEZ

Bueno, señores... Hasta mañana. *(Sale, y tras de él se marchan Arbillondo el panadero, dueño de la taberna, y los dos labradores compañeros del mus. Al mismo tiempo van marchándose los obreros de la taberna, y deja de oirse el murmullo estruendoso de antes. Alrededor de la mesa en que están el confitero y el secretario del ayuntamiento, se han reunido la patrona, con sus dos hijas y la criada, y celebran todas las gracias del confitero, que imita, con la boca y las narices, toda clase de sonidos. Díaz se acerca á la mesa del centro, en donde siguen Yann, el belga, Garráiz, Galo y los dos capataces.*

DIAZ (á Yann)

Usted será de los nuestros, ¿verdad?

YANN (con ironía)

¿De quiénes?

DIAZ

¿No es usted socialista?

YANN

¡Oh! No.

DIAZ

¿No tiene usted ideas políticas?

YANN

Nada... nada...

DIAZ

Sin embargo, será usted algo.

YANN

Sí. Soy Yann Liebaert, hijo de Max Liebaert, nada más.

DIAZ

¿No es usted partidario de alguna cosa?

YANN

No soy partidario de nada, ni de nadie. (*Vuelve la cabeza; á Galo.*) Lo que ha dicho usted de las máquinas, me ha parecido bien. ¿Qué es usted, compañero?

GALO

Yo... carlista, gracias á Dios.

YANN (sonriendo)

Casi igual que yo. Yo soy anarquista.

Mientras tanto, el confitero y el secretario del ayuntamiento, que se encuentran á sus anchas, libres de la baraúnda ensordecedora de las voces y de los gritos, comienzan á templar el uno la guitarra y el otro la flauta y se entabla una verdadera conversación entre los dos instrumentos, hasta que al fin se entienden á fuerza de apretar el uno una clavija y el otro de estirar ó meter hacia adentro los tubos de la flauta.

Comienza la sinfonía favorita del secretario y del confitero, la de Campanone; *la guitarra va siguiendo gravemente las notas de la flauta, que gorjea como si estuviera loca. Y después de la sinfonía de* Campanone *tocan el* Miserere *de* El Trovador, *y uno de los compadres abre la ventana, porque ha visto que hace noche de luna y esto le parece que está en consonancia con la canción romántica de la ópera de Verdi, y los sonidos de los dos instrumentos van á*

perderse, á lo lejos, en las concavidades de los montes solitarios.

DIAZ (á Yann)

De modo que ¿contamos ó no con usted para la huelga?

YANN (que parece alucinado oyendo la música)

Si piensan ustedes pegar fuego á las fábricas, pueden contar conmigo.

VII

Va á hacerse de noche. El taller, grande y negro, está iluminado por la luz blanco-azulada de los arcos voltaicos.

Se ven dentro grandes máquinas, cosas informes; arriba, junto al techo, corren dos carriles, de los que cuelgan gruesas cadenas. Se oye el chirrido de los carbones de las luces eléctricas. Afuera, el murmullo de la lluvia.

A la derecha de la puerta de entrada, empotrado en la pared, hay un horno de hierro de los llamados cubilotes; á un lado del horno sube una escalera con mainel de hierro, hasta concluir en una plataforma de madera que está al ras de una gran ventana.

Una de las puertas de los testeros conduce á un taller de carpintería; la del otro da al campo y es una puerta rústica de case-

río, dividida en cuatro hojas, que se abren con entera independencia, y se cierran con una taravilla.

En el suelo, junto al horno, se ve un reguero negro para hacer la sangría.

Garráiz está solo en el taller.

UNA VOZ (desde fuera)

¿Vienes ó no?

GARRAIZ

No.

LA VOZ

¡Sucio! ¡Burgués!

GARRAIZ

Lo que tú quieras, pero no voy.

Garráiz se acerca á la puerta grande, echa la barra de hierro, después reanuda su trabajo sobre el banco de herrero y silba alegremente.

Al poco rato Galo se asoma por la puerta de cuatro hojas, como por una ventana. Lleva un manojo de hierba fresca bajo el brazo y en la mano una hoz.

GALO (á Garráiz)

¿No te lo dije ayer en la taberna, Garráiz? ¿Se van ó no?

GARRAIZ

Sí. Es verdad. Tenías razón.

GALO

Y tú, ¿no te marchas?

GARRAIZ

¿Yo? ¡Bah! No soy tan tonto.

GALO

Anda con cuidado. Luego no vayan á vengarse.

GARRAIZ

¡Bah!... Dentro de un par de días están todos trabajando de nuevo.

GALO

¿Y no sabe nada el patrón?

GARRAIZ

Creo que no. Esta mañana ha debido vol-

ver de Bilbao y estará durmiendo. Dentro de poco vendrá.

GALO

Vaya, me marcho.

GARRAIZ

Espera un momento... Quizá Mariano te necesite.

GALO

No, ahora no puedo... Adiós. *(Cierra las dos medias hojas de arriba de la puerta.)*

GARRAIZ

¡Vete, hombre!... Haces bien... Eres agradecido... Estás viviendo á expensas de Mariano, y, ahora que te puede necesitar, te marchas. Bien, hombre, bien. Por si acaso cerraremos también por aquí. *(Atranca la puerta de cuatro hojas, torna al trabajo y silba, hasta que oye pasos en el taller inmediato.)*

GARRAIZ

¡Eh! ¿Quién anda por ahí?

MARIANO

Yo. Se han ido, ¿eh?

GARRAIZ

Todo el mundo.

MARIANO

¡Tú sólo te has quedado!... (*Poniéndole la mano en el hombro.)* Gracias, Garráiz.

GARRAIZ

¿Por qué? ¿Porque no me he dejado engañar por ese charlatán?

MARIANO

¿Se ha fundido el volante grande?

GARRAIZ

Esta mañana.

MARIANO

¿Y el eje?

GARRAIZ

También.

MARIANO

¿Qué falta?

GARRAIZ

El volante pequeño.

MARIANO

El molde ha quedado hecho.

GARRAIZ

Ahí lo tiene usted.

MARIANO

Oye. ¿Has oído decir, entre los obreros, que el representante de esa fábrica de cemento, para quien hacemos los trabajos, esté aquí?

GARRAIZ

Sí. De eso hablaron ayer. Hoy han dicho que ese representante iba á venir á la fundión, no sé para qué.

MARIANO

Entonces, nos han fastidiado.

GARRAIZ

¿Por qué?

MARIANO

¿No sabes? Cobré la obra por adelantado y me comprometí á que, si para los tres meses justos no la concluía, devolvería el dinero y una gran indemnización. Ya ves, mañana se acaba el plazo.

GARRAIZ

¿Y para qué hizo usted eso?

MARIANO

Gracias á ese dinero, la fábrica de aguardientes de Arbea es ya mía... Ayer entregué, en Bilbao, la última cantidad.

GARRAIZ

Sí, pero si no concluye usted para mañana la obra... á ver, ¿qué hace usted?

MARIANO

No sé, no sé qué voy á hacer.

GARRAIZ

Usted tiene la culpa... Usted, el médico viejo y Agueda.

MARIANO

¿Nosotros?

GARRAIZ

Sí. Se han empeñado en que á Arbea le convenía más un hospital que una fábrica de aguardiente, y el pueblo cree lo contrario.

MARIANO

Porque no comprende sus intereses.

GARRAIZ

Dejadle. Yo le diría: ¿No quieres hospital? ¿Quieres pasar la vida, repleto de aguardiente, en los rincones? Pues haz lo que quieras.

MARIANO

No, no.

GARRAIZ

A ver qué es lo que hace usted ahora.

MARIANO (se pasea por el taller)

¿El horno está encendido?

GARRAIZ

Sí. Ahora se va apagando.

MARIANO

Voy á echarle carbón.

GARRAIZ

Deje usted. Iré yo. *(Sube la escalera y comienza á echar carbón.)* ¿Qué quiere usted hacer?

MARIANO

Fundir el volante.

GARRAIZ

¡Qué sé yo!... No debe haber bastante metal.

MARIANO

Sí. Lo hay, seguramente.

GARRAIZ

¿Y quién lo va á hacer? ¿Nosotros solos?

MARIANO

Galo estará todavía en la huerta.

GARRAIZ

Estaba, hace un momento, pero se ha marchado.

MARIANO

Entonces voy á ir, á caballo, á la *Esperanza.* El ingeniero me prestará algunos hombres.

GARRÁIZ

No adelantará usted nada.

MARIANO

¿Por qué?

GARRAIZ

Porque los mineros han dejado también el trabajo y vienen á reunirse con los de aquí. De noche iré yo á las minas y veré si traigo alguno de mis amigos.

MARIANO

Que no se nos apague el cubilote. Echa más carbón. Que el hierro zumbe en el horno.

. . . .

Se oyen gritos á lo lejos. Garráiz, con la pala en la mano, se acerca á la ventana.

. . . .

MARIANO

¿Qué hay, Garráiz?

GARRAIZ

Los mineros, que se van acercando.

VOCES

¡Abajo la burguesía! ¡Viva la revolución social! *(Se oyen gritos y silbidos.)*

MARIANO

Más carbón, Garráiz. Más carbón.

VOCES

¡A la huelga! ¡A la huelga! ¡Mueran los burgueses! ¡Abajo los explotadores!

GARRAIZ

Ya pasan.

MARIANO

Pero, si están llamando hace rato... *(Se acerca á la puerta que tiene cuatro hojas.)* ¿Quién es?

GARRAIZ (bajando la escalera)

Tenga usted cuidado. A ver si le arriman á usted un tiro.

MARIANO

Pero... Esa voz la conozco. *(Levanta la barra, abre la puerta y entra Agueda envuelta en un matón, y detrás de ella el perro.)* ¡Agueda! ¿Usted aquí?

Agueda respira con dificultad, y se sienta en un banco, que Garráiz le ofrece.

MARIANO

Pero, ¿qué le pasa á usted, Agueda? Está usted temblorosa.

AGUEDA

¡Ah!... Vengo muerta... ¡Oh! ¡Qué miedo he tenido!

MARIANO

¿Se va usted tranquilizando?

AGUEDA

Sí. Ahora estoy mejor.

MARIANO

¿Qué ha sucedido?... ¿Alguna desgracia?

AGUEDA

No, no. Han entrado en casa... los obreros de la fábrica. Díaz iba entre ellos. Tuve tiempo de escapar á la huerta...

MARIANO

Y habrá usted tenido que pasar por encima del dique, y de noche. ¡Qué horror!

AGUEDA

Sí. Reuní todas mis fuerzas para no mirar al agua... Erbi me daba ánimos... Ahora estoy temblando, al recordar que he pasado por allá.

MARIANO

Siempre fuerte y siempre buena.

GARRAIZ

Es una mujer valiente.

AGUEDA

¿Yo?

MARIANO

¡Ya lo creo! Es usted muy superior á mí.

AGUEDA

¡Bah!... ¡Qué tontería!

GARRAIZ (á Mariano)

Ya me llamará usted cuando me necesite.

MARIANO

Sí. Bueno. Ya te llamaré.

Garráiz mira á Mariano y á Agueda con ironía maliciosa y se marcha. Agueda permanece sentada, arrebujada en el mantón; Erbi le lame las manos. Mariano pasea por el taller.

MARIANO

Sí. Es usted muy superior á mí. Usted ha salido triunfante de una lucha terrible. Yo voy á fracasar en una empresa más fácil.

AGUEDA

¿Fracasar? ¿Por qué?

MARIANO

No vamos á poder terminar la obra

AGUEDA

¿No ha comprado usted la destilería? ¿No se van á comenzar las obras?

MARIANO

Eso pensábamos; pero mis obreros se han declarado en huelga. Mañana vendrá ese representante de la fábrica de cemento, y si me exige, como parece que va á hacerlo, el dinero que me entregó y la indemnización, por no estar concluída la obra, como no tengo, en este momento, nada con qué pagarle, se echará encima de la fundición y, ¡adiós!... Todo perdido.

AGUEDA

¿Lo siente usted mucho?

MARIANO

Sí, lo siento mucho... Por mi madre y por mí también... Tendré que ir á trabajar á otro lado, lejos de aquí ..

AGUEDA

¡Oh! Mariano.

MARIANO

¿Qué, Agueda mía?

AGUEDA (mirando al suelo)

Que si usted quiere..., no se irá solo.

MARIANO

¿Vendría usted conmigo?

AGUEDA

Sí.

MARIANO

Ahora me alegro... sí, me alegro. Si pierdo esto, si perdemos la fundición, nos casaremos en seguida, ¿eh?, y nos iremos á Bilbao. Yo trabajaré como fundidor en alguna fábrica, y usted... no; tú, ¿verdad?

AGUEDA

Sí, tú.

MARIANO

Tú vivirás conmigo y con mi madre y llevarás la comida á la fábrica á las doce para tu obrero, ¿eh?

AGUEDA

Sí, Mariano.

MARIANO

Y después del trabajo grande, que tonifica los músculos, podré sentarme á tu lado y verte junto á mí, vestida de obrera, porque tendrás que ir de obrera.

AGUEDA

¡Qué loco!

MARIANO

¡Loco! ¿Por qué? ¿Porque te quiero? ¿No te gustaría tener una casa de trabajador que gana un buen jornal, pequeña, pero limpia y clara?

AGUEDA

¡Oh! No sabes lo que me gustaría... No como esa nuestra, llena de cuartos oscuros... ¡Qué vida más triste he pasado en esa casa!

MARIANO

Ya no la pasarás. En la lucha has tenido que ser águila, tú, mi pobre paloma. (*Coge la mano suave y tibia de Agueda.)* Oye, ¿te

acuerdas de aquel día, cuando te acompañé, desde la ermita de San Juan á tu casa?

AGUEDA

Sí.

MARIANO

¡Qué bonita estabas! Tú, entonces, tendrías trece ó catorce años, ¿verdad?

AGUEDA

Sí, catorce años tenía. *(Retira la mano.)*

MARIANO

Llevabas un vestido gris, ¿te acuerdas? y una boína roja sobre tu cabeza de oro.

AGUEDA

¡Qué tiempo más hermoso hacía! ¿eh?

MARIANO

¡Oh! Esa mañana se me representa brillante como un altar. Los manzanos estaban llenos de flores, ¿te acuerdas?

AGUEDA

Sí. Es verdad. Es verdad.

MARIANO

Y un sol bondadoso brillaba en el cielo azul, cruzado por nubes blancas, muy blancas.

AGUEDA

¡Y qué olor en el campo!

MARIANO

Desde entonces yo te quería.

AGUEDA

¿Sí? ¡Tiene gracía!

MARIANO

¡Si vieras la idea que yo tenía de tí! Me parecías una cosa tan alta, tan alta, para todos los hombres, como una estrella. Te veía en todas partes, pero, sobre todo, ¿á que no sabes en dónde?

AGUEDA

No.

MARIANO

¿No has visto un estanque que hay ahí, en la falda del monte, á orillas del río? Sí, aho-

ra quizás no recuerdes. Es un estanque pequeño, pero muy profundo; el agua parece allá de un cristal purísimo, imperturbable. Del fondo del estanque suben plantas delgadas, como filamentos, hasta flor de agua, en donde concluyen en hojitas de un verde obscuro. Allá, dentro de aquella agua tranquila, yo me figuraba que estabas tú.

AGUEDA

¿De veras?

MARIANO

Sí. Y mira qué locura: de un rosal cercano echaba rosas, que se deshojaban y quedaban nadando sobre el agua, y yo decía: son para ella.

AGUEDA (en tono de reproche)

Y á pesar de eso te fuiste á Inglaterra, y digiste, antes de salir, que si podías te quedarías allá.

MARIANO

Es que me hacía el valiente. Aquel viaje me hizo descubrir, con claridad, mi cariño. Al dejar de verte durante tanto tiempo, no te puedes figurar mi deseo, mi locura por

venir aquí y estar á tu lado. Muchas veces me hacía la ilusión de que estaba muy enfermo y que, por necesidad, tenía que venir á este rinconcito y llegaba medio muerto y te veía y me moría enseguida, y tú llorabas. Entonces comprendí que, lejos de tí, yo no puedo vivir... ¿Te ríes?

AGUEDA

Me has recordado aquello que cantaba mi abuela. *Sin mi Atala no puedo vivir.*

MARIANO

¡La burlona!... ¿Te digo frases de zarzuela?

AGUEDA

No. Mariano... Oye. Y aquella otra noche que nos acompañaste á la hija de don Julián y á mí de la romería de Jáuregui, ¿te acuerdas?

MARIANO

Ya lo creo.

AGUEDA

¡Cómo brillaban, de noche, los gusanos de luz entre las matas!

MARIANO

Y los sapos, ¡cómo cantaban!

AGUEDA

¡Pobrecillos!... Y aquel olor de flores que notábamos los dos en todo el camino, y que no lo sentìa nadie más que nosotros...

MARIANO

Es verdad *(le toma la mano)*, Agueda mía. *(La besa repetidas veces.)* En tu piel tibia siento el aroma del campo y el perfume de los manzanos en flor. *(Se acerca á abrazar á Agueda. Esta se levanta, el mantón se desliza por sus hombros y aparece su figura esbelta, vestida de negro.)*

AGUEDA

Mariano. Estamos solos *(solloza)* y yo estoy débil.

MARIANO

¡Perdóname! ¡Perdóname! Soy un bruto. Pero no temas Te juro que, para mí, eres más santa que las más santas reliquias. *(Acercándose á la puerta.)* ¡Garráiz!

GARRAIZ (con ironía)

¿Hay que echar más carbón al horno?

MARIANO

No, ahora no. *(Se acerca á mirar por los agujeros del horno).*

AGUEDA (con la voz preñada de lágrimas)

¿Qué miras?

MARIANO

El color del metal. *(Acercando á Agueda al horno.)* Mira.

AGUEDA

Está tan rojo que parece blanco... Y van cayendo gotas...

MARIANO

Sí, son gotas de hierro fundido ahí dentro. Así mi alma se fundió con tus miradas.

GARRAIZ (en la puerta de cuatro hojas)

¿Qué pasará? El cielo está rojo.

AGUEDA

¡Ah! Es verdad.

MARIANO

Ese resplandor debe ser de un incendio.

GARRAIZ

Me parece que se oye la campana de Arbea.

Se acercan los tres y se quedan escuchando. De pronto se oye que llaman en la puerta de salida, que da á la carretera.

MARIANO

Me parece que han llamado.

AGUEDA

Sí, han llamado.

MARIANO (acercándose á la puerta)

¿Quién es?

UNA VOZ

Yo, yo. Abra usted, Mariano.

AGUEDA

¡Si es don Julián!

Mariano levanta la barra de la puerta y abre. Entra una bocanada del aire húmedo de la noche.

DON JULIAN (entra)

Oye, Mariano: Agueda no está en su casa.

MARIANO

Está aquí. No se apure usted. ¿Qué ha pasado en Arbea?

DON JULIAN

¡Ah! Está aquí. ¡Hola, Agueda! ¿Sabes? A la destilería le han pegado fuego.

MARIANO

¿Los huelguistas?

DON JULIAN

Sí. El alcalde ha mandado un telegrama á la capital, hace dos horas, para que nos envíen algunos soldados. Si no se apaga el

fuego, puede arder todo Arbea. *(A Mariano.)* Oiga usted otra cosa. ¿Tiene usted fundidas esas máquinas para la fábrica de cemento?

MARIANO

Todas, no. Falta un volante.

DON JULIAN

Me lo temía. Pero, no importa. Aunque Díaz y el gerente de la fábrica de cemento tienen la idea de venir, después de las doce, acompañados de un notario á exigirle á usted la devolución del dinero y la indemnización, no se apure usted. El notario me ha dicho que, habiendo habido fuerza mayor, no le obligan á nada.

MARIANO

A pesar de esto, yo he de concluir la obra. El hierro está á punto. Entre Garráiz y yo fundiremos el volante.

DON JULIAN

¿Y yo no he de servir para nada? También he de ayudar.

MARIANO

Bueno. Entonces yo estaré al cuidado del horno. Ustedes, entre los dos, llevan el cubo y van llenando el molde.

GARRAIZ

Y la señorita dará los fuegos.

MARIANO

¿Ella?

AGUEDA

¿Es difícil eso?

MARIANO

No. Pero te puedes quemar.

AGUEDA

Tendré cuidado. ¿Qué hay qué hacer?

GARRAIZ

Pasar una mecha encendida alrededor del molde, cuando echen la masa fundida dentro.

AGUEDA

Eso no es difícil.

MARIANO

¿Y si te quemas?

AGUEDA

¡Ca!

DON JULIAN

Déjala, Mariano. Quizás haya algo de providencial en que ella quiera tomar parte en la obra.

MARIANO

Sí; pero que tenga cuidado.

AGUEDA

Lo tendré... lo tendré.

DON JULIAN

¿Está todo preparado?

MARIANO

Sí.

DON JULIAN

¿Cuándo empezamos?

MARIANO

Esperaremos un rato. *(Se acerca á Agueda y empieza á hablar con ella en voz baja.)*

GARRAIZ (á don Julián)

Mientras tanto, nosotros haremos la cuña para sujetar el volante al eje, ¿quiere usted?

DON JULIAN

Vamos allá.

Garráiz entra en el taller de al lado y trae, con las tenazas, un trozo de hierro candente.

GARRAIZ

¿Y tendrá usted fuerzas para sujetar el hierro con las tenazas?

DON JULIAN

¡Vaya! Verás.

Don Julián sujeta el hierro en el yunque, y Garráiz lo machaca y va dándole forma, á los golpes uniformes de un martillo grande y de otro pequeño.

GARRAIZ

A ver si aprende usted el oficio.

DON JULIAN

Sí. Pero me canso pronto. ¡Qué tosco es el trabajo del hierro, ¿eh? pero qué grande!

GARRAIZ

Es un metal honrado.

DON JULIAN

Es verdad, tienes razón. ¡Es un metal honrado!

GARRAIZ

Yo le tengo cariño al hierro.

DON JULIAN

Yo también. Mira qué diferencia: el hierro ruge aquí, en el yunque, porque tiene algo del león; el alcohol silba en el alambique, porque tiene mucho de serpiente. Sí, es verdad lo que dices: el hierro es un metal honrado.

GARRAIZ

No, no crea usted que eso lo he inventado yo; me lo decía un pudelador de Bilbao, un viejo medio loco. Muchas veces le veía mirando la boca del horno con los ojos fijos, y

le preguntaba: ¿qué haces ahí? Y me decía: el fuego me hace pensar; es mi amigo. Estaba loco.

DON JULIAN

¿Loco? No lo creas: Era un buen hombre, un hombre inteligente.

GARRAIZ

Si le digo á usted que estaba medio atontado...

DON JULIAN

Era un buen hombre. Créelo.

Se oyen fuera nuevos gritos, voces y silbidos.

DON JULIAN

¿Qué pasará?

GARRAIZ

Algún otro grupo de mineros.

VOCES

¡Mueran los burgueses! ¡Abajo los explotadores!

DON JULIAN

Voy á ver quiénes son. *(Deja las tenazas*

y va subiendo las escaleras de la plataforma del horno, y se asoma á la ventana. Se oyen gritos amenazadores.)

MARIANO

Salga usted de ahí, don Julián.

DON JULIAN

¡Si los conozco á todos! A mí me quieren como á un padre.

GARRAIZ

Por si acaso...

DON JULIAN

¡Cá, hombre! Voy á hablarles. *(Trata de abrir la ventana. Al mismo tiempo se oye un tiro y el ruido de un cristal roto. Don Julián se retira con rapidez.)*

AGUEDA

¿Le han herido á usted?

DON JULIAN

No, no. ¡Ingratos!... Les engañan.

MARIANO

Pero, ¿han disparado en contra de usted?

DON JULIAN

En el fondo, no tienen la culpa.

MARIANO

No, ¡no tienen la culpa! Entonces, ¿quién la tiene?...

GARRAIZ

¿Patrón? Creo que podemos empezar. El hierro está á punto.

MARIANO

Echa un poco más de carbón, y esperemos un momento.

Garráiz sube por la escalera, pasa, agachado, por debajo de la ventana, y echa carbón.

GARRAIZ

¿Ven ustedes desde ahí cómo está el cielo? Parece de día.

De repente, toda la ventana se ilumina con un resplandor rojo.

MARIANO

El pueblo entero debe estar ardiendo.

Agueda se persigna y comienza á rezar

DON JULIAN

¡Vamos! ¡No amilanarse! A fundir el volante.

MARIANO

Sí. ¡Y veremos quién vence!

Se preparan todos. Mariano coge una palanca y se acerca al horno.

MARIANO

¿Estamos?

TODOS

Sí.

MARIANO

Vamos allá. *(Abre con la palanca el tapón de arcilla y salta una nube de chispas, y una catarata hirviente de hierro se precipita por el agujero de salida del horno.)*

VOCES (afuera)

¡Mueran los burgueses! ¡Abajo los explotadores!

EPÍLOGO

En el cuarto, tranquilo, iluminado por la luz de la lámpara, una viejecita, de pelo blanco, pequeña, vestida de negro, está sentada en un sillón, dormitando junto al fuego.

Cerca del hogar de la chimenea, un gato, grande, pacífico, con las manos ocultas en su hermosa piel, que parece de armiño, ronca con un rum rum de satisfacción, mirando las llamas lánguidamente.

A la luz tibia de la lámpara, en la soledad, diríase, al ver la anciana de los cabellos de plata, que reposa con el sueño apacible de la vejez tranquila, que es la imagen de alguna abadesa venerable, muerta en estado de gracia, que descansa en el fondo de un santuario.

En la habitación sólo se oye el tic tac de

un reloj, alto y de caja estrecha, que mide los segundos gravemente.

Afuera resuena el murmullo de la lluvia, manso, reposado. A veces el viento impulsa las gotas de agua sobre los cristales, en donde suenan y llaman como los de un fantasma.

Y en la soledad, á la luz de la lámpara, la anciana de los cabellos de plata, que reposa con el sueño apacible de la vejez tranquila, es como evocación de existencias pasadas, de vidas dichosas, iguales en su monotonía, no turbadas por dolorosos anhelos, de vidas que terminaban en la muerte, como las madres, al dormir sus hijos, terminan dejándolos en la cuna.

La serenidad del alma de la anciana parece que impregna el cuarto de algo luminoso, como si los sueños que agitan su cerebro tuvieran una irradiación en el aire, porque la anciana sueña, sueña que realiza sus deseos en un punto desconocido de los mares del espacio.

Y se ve en una playa inmensa, florecida, inundada por la luz del alba, cubierta de césped verde, lleno de margaritas y de madreselvas.

Y corriendo y saltando por la playa almas blancas, almas de niño, que se preparan á bajar á la tierra, y entre ellas, por una perspicacia sólo posible en una abuela, la anciana reconoce las almas de sus nietos.

Mientras tanto, afuera rugen las pasiones y se oyen gritos, alaridos, pasos de gente que huye y, á lo lejos, tiros y rumores de descargas.

En la imaginación de la anciana, los ruidos de fuera, los gritos desesperados y el ruido de las descargas toman forma de sombras, adquieren movimiento y alma... son espíritus malos que vienen por el mar á inquietar y á turbar á las almas que juegan en la playa; pero la anciana está allí y sabe espantarlos, y, sin varita mágica, los ahuyenta á todos: á Onentzaro, el de los ojos encarnados, que robó un pez el día de Noche Buena; á las endiabladas brujas, que cabalgan en sus escobas y se reunen en el Aquelarre; á las Enfermedades y á las Tristezas, también malos espíritus, que llegan de un Zugarramurdi invisible, del país de los sueños.

De pronto cesan los gritos y los alaridos y las descargas; cesa también el rumor de la

lluvia, y la noche se hace silenciosa y opaca, y, con el silencio, la anciana se despierta, oye pasos, escucha y ve entrar á Mariano, tiznado, negro, que viene triunfante, trayendo á Agueda en sus brazos, como un bárbaro que lleva robada la vestal patricia, y tras de ellos, el mastín feroz, el perro, compañero eterno del hombre.

Y Mariano, desde la puerta, sujetando á Agueda, que trata de huir de sus brazos, y reteniéndola como á un niño caprichoso, dice á la anciana en voz baja, muy baja, sonriendo con la alegría de un salvaje:

—¡Madre! ¡Madre! Mira, aquí tienes á la niña de Aizgorri..............................

Agueda escapa de los brazos de Mariano, para refugiarse, avergonzada, en los de la anciana, que apenas se da cuenta de lo que ocurre.

Y bajo la luz suave de la lámpara, comienzan á hablar la vieja y la niña, en vascuence, con un murmullo de rezo que casi no se oye; Agueda cuenta lo que ha pasado, y la conversación se desliza hacia otros asuntos, y pasan á hablar, las dos, de la vida, de los cuidados de la casa, de las gallinas, de la ropa blanca, y Mariano las escucha en silen-

cio, como quien oye una música lejana que trae el viento y que vivifica en su espíritu los ritmos, ya muertos, que nacieron en su cuna.

La anciana tiene las manos de Agueda entre las suyas, ya algo trémulas, y, de vez en cuando, separa los cabellos de la muchacha y la besa en la frente.

Y hablan, hablan la vieja y la niña, sin cansarse, de cosas sin importancia, y el cariño flota sobre sus palabras, como en otoño las hoja de rosa en los tranquilos estanques... y hablan, hablan de la vida y de la muerte.

Y cuando la anciana, escandalizada de la hora que marca el viejo y huraño reloj del cuarto, se levanta y va á preparar junto á su alcoba el nido para su nueva hija, Agueda marcha á ayudarla, y entre las dos sacan del armario las sábanas, que huelen á sol, y ponen las fundas á las almohadas, y van mullendo los colchones.

Y al ir á despedirse Mariano de su madre y de su novia, Agueda, con voz temblorosa, le dice, señalando desde la ventana una franja de grana en el horizonte:

—¡Oh! Todavía debe seguir el fuego.

Y Mariano, después de mirar hacia allí, en voz baja y trémula, como si en la franja roja estuviera parte de su dícha, le contesta conmovido:

—No, Agueda. Esa es la luz de la aurora. Es el día nuevo que nace.

Marañón, 17 de Julio de 1900.

RENACIMIENTO

SOCIEDAD EDITORIAL ANÓNIMA

CATÁLOGO GENERAL

Leopoldo Alas (Clarín).

	Pesetas.
La Regenta. *Novela. Dos tomos*	8
Solos de Clarín	4
Nueva campaña	3,50
Pipá. *Novelas*	4
Sermón perdido	3,50
Doña Berta, Cuervo y superchería. *Novelas*	3
El señor... y lo demás son cuentos	3
Siglo pasado	3

FOLLETOS LITERARIOS

I.—Un viaje á Madrid	1
II.—Cánovas y su tiempo	1
III.—Apolo en Pafos	1
IV.—Mis plagios y un discurso de Núñez de Arce	1
V.—A 0,50 poeta	1
VI.—Rafael Calvo y el Teatro Español	1
VII.—Museum	1
VIII.—Un discurso	1

S. y J. Álvarez Quintero.

La rima eterna	3
La flor de la vida	3

COMEDIAS ESCOGIDAS

I.—Los galeotes.—El patio.—Las flores	3,50
II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre	3,50
III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín	3,50
IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos	3,50
V.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario	3,50

Edmundo de Amicis.

Corazón. *Diario de un niño*	1
España	3,50

	Pesetas.
Poesías	3,50
1870-1871. *Recuerdos*	3
Páginas sueltas	3
Turín, Londres y París	2,50
En el océano	4,50
Ideas sobre el rostro y el lenguaje	3
Dos dramas	4
Amor y gimnástica	4
Para el 1.° de Mayo	3
Socialismo y educación	3
Muertos y vivos	3
Impresiones de América	3
Recuerdos de la infancia y de la escuela	3

Carlos Arniches y Enrique García Álvarez.

Gente menuda	3

Juan de Arzadun.

Albores de la independencia argentina	2

Azorín.

El político	2,50

Pío Baroja.

NOVELAS

La busca	3,50
Mala hierba	3,50
Aurora roja. *Segunda edición*	3,50
La feria de los discretos	3,50
Paradox, rey	3
Los últimos románticos	3
La dama errante	3
La ciudad de la niebla	3
Las tragedias grotescas	3
César ó nada	4
Las inquietudes de Santhi Andia	3,50
El árbol de la ciencia	3,50

Joaquín Belda.	Pesetas.
Memorias de un suicida. *Novela*	3,50
La farándula. *Novela de cómicos*	3,50
La piara. *Novela política*	3,50
La suegra de Tarquino. *Novela*	3,50
Saldo de almas *Novela*	3,50
¿Quién disparó? *Novela policíaca*	3,50

Jacinto Benavente.

Obras escogidas	3,50

OBRAS COMPLETAS

Cartas de mujeres	3,50
Figulinas	3,50
Teatro fantástico	3 50
Vilanos	3,50

TEATRO

Tomo I. — El nido ajeno. — Gente conocida. — El marido de la Téllez.—De alivio	3,50
Tomo II. — Don Juan. — La farándula. — La comida de las fieras.—Teatro feminista	3,50
Tomo III. — Cuento de amor. — Operación quirúrgica. — Despedida cruel. — La gata de Angora. — Viaje de instrucción.—Por la herida	3,50
Tomo IV.—Modas.—Lo cursi.—Sin querer.—Sacrificios.	3,50
Tomo V.—La gobernadora.—El primo Román	3,50
Tomo VI. — Amor de amar. — ¡Libertad! — El tren de los maridos	3,50
Tomo VII.—Alma triunfante.—El automóvil.—La noche del sábado	3,50
Tomo VIII. — Los favoritos. — El hombrecito. — Mademoiselle de Belle-Isle.—Por qué se ama	3,50
Tomo IX.—Al natural.—La casa de la dicha.—El dragón de fuego	3,50
Tomo X.—Richelieu.—La princesa bebé.—No fumadores.	3,50
Tomo XI.—Rosas de otoño.—Buena boda	3,50

Pesetas.

Tomo XII.—El susto de la condesa.—Cuento inmoral.—La sobresaliente.—Los malhechores del bien......... 3,50
Tomo XIII.—Las cigarras hormigas.—Más fuerte que el amor.................................... 3,50
Tomo XIV.— Manon Lescaut. — Los buhos. — Abuela y nieta.................................... 3,50
Tomo XV.—La princesa sin corazón.— El amor asusta.—La copa encantada.—Los ojos de los muertos........ 3,50
Tomo XVI. — La sonrisa de Gioconda. — La historia de Otelo.—El último minué.—Todos somos unos.—Los intereses creados................................ 3,50
Tomo XVII.—Señora ama.—El marido de su viuda.— La fuerza bruta.................................. 3,50
Tomo XVIII.—De pequeñas causas.—Hacia la verdad.—Por las nubes.—De cerca.—¡A ver qué hace un hombre! 3,50
Tomo XIX.—La escuela de las princesas.—La señorita se aburre.—El príncipe que todo lo aprendió en los libros. Ganarse la vida............................... 3,50

Adolfo Bonilla y J. Pujol.

BACHILLER ALONSO DE SAN MARTÍN

La Hostería de Cantillana. *Novela*..................... 3,50

Paul Bourget.

El discípulo. *Novela*.............................. 3
El fantasma. *Novela*............................... 4
La etapa. *Novela*.................................. 4
El emigrado. *Novela*............................... 4
Mentiras. *Novela*.................................. 2,50
Cruel enigma. *Novela*.............................. 2,50
Crimen de amor. *Novela*............................ 2'50
Corazón de mujer. *Novela*.......................... 2
Fisiología del amor moderno......................... 3
Tierra prometida. *Novela*.......................... 3
Cosmópolis. *Novela*................................ 4
Idilio trágico. *Novela*............................ 3,50

Pesetas.

Manuel Bueno.

Teatro Español Contemporáneo........................ 3,50
Corazón adentro. *Novela*............................ 3

Rosalía de Castro.

En las orillas del Sar.............................. 3,50
Cantares gallegos................................... 3,50
Follas novas. *Poesías gallegas*.................... 3,50

Ricardo J. Catarineu.

El libro de la Prensa. *Antología*.................. 3,50

Antonio Casero.

Los castizos. *Poesías*............................. 3,50
Los gatos. *Poesías*................................ 2

M. Giges Aparicio.

Del periódico y la política......................... 3
Los vencedores. *Novela*............................ 3
Los vencidos. *Novela*.............................. 2
Entre la paz y la guerra. *Marruecos*............... 3

Curros Enriquez.

Aires d'a miña terra.—O divino sainete. *Poesías gallegas*.................................... 3
El maestre de Santiago.—El Padre Feijóo. *Poesías escogidas*.................................. 3
Cartas del Norte.—La condesita. *Poesías escogidas*..... 3

Rubén Darío.

El canto errante. *Poesías*......................... 3

OBRAS ESCOGIDAS

I.—Estudio preliminar de Andrés González-Blanco..... 3,50
II.—Poesías.. 3,50
III.—Prosa... 3,50

	Pesetas
Alfonso Daudet.	
El hermano	1
Safo. *Novela*	3,50
Rosa y ninita. *Novela*	3,50
La bella Nirvanesa. *Novela*	3,50
La lucha por la existencia	4
Mujeres de artistas	3,50
Treinta años en París	3,50
Recuerdos de un hombre de letras	3,50
Jack. *Novela*	5
Recuerdos de teatro	2
El tesoro de Arlatan	2
León Daudet.	
La decadencia. *Novela*	3
Joaquín Dicenta.	
Los bárbaros. *Novela*	3,50
Enrique Díez Canedo.	
Del cercado ajeno. *Poesías*	2
Concha Espina.	
La niña de Luzmela. *Novela*	3
Despertar para morir. *Novela*	3,50
Agua de nieve. *Novela*	3,50
C. Fernández Shaw.	
La vida loca	4
Poesía de la sierra	4
Poesía del mar	4
El amor y mis amores	4
Cancionero infantil	1
Canciones de Noche buena	2
La patria grande	3
El alma en pena	3,50

Emilio Ferrari.	Pesetas.
OBRAS COMPLETAS	
I.—Por mi camino. *Poesías*	4
II.—Poemas	4
Anatole France.	
NOVELAS	
Jocasta y el gato flaco	3,50
Baltasar	3,50
El pozo de Santa Clara	3,50
El libro de mi amigo	3,50
El crimen de un académico	3,50
El figón de la Reina Pantoja	3,50
Opiniones de Jerónimo Goignard	3,50
La azucena roja	3,50
El olmo del paseo	3,50
El maniquí de mimbre	3,50
El anillo de amatista	3,50
El señor Bergeret en París,	3,50
Historia cómica	3,50
Crainqueville	3,50
Sobre la piedra inmaculada	3,50
La isla de los pingüinos	3,50
La camisa	3,50
Abeja. *Encuadernada en tela*	2
José Francés.	
La guarida. *Novela*	3
Guignol	1,50
F. García Sanchiz.	
La comedieta de las venganzas	2,50
Nuevo descubrimiento de Canarias	3
E. y J. de Goncourt.	
Sor Filomena. *Novela*	4

	Pesetas.
A. González-Blanco.	
Matilde Rey. *Novela*..............................	3,50
Doña Violante. *Novela*............................	3
Salvador Rueda y Rubén Darío.........................	3,50
La eterna historia. *Novela*.......................	3
Poemas de provincia................................	3
Edmundo González Blanco.	
Los grandes filósofos: Strauss........................	3
Alfonso Hernández Catá.	
La juventud de Aurelio Zaldivar. *Novela*............	3,50
Alberto Insúa.	
Don Quijote en los Alpes............................	3
La hora trágica. *Novela*............................	3
La mujer fácil. *Novela. Tercera edición*.............	3,50
Las neuróticas. *Novela. Segunda edición*............	3,50
La mujer desconocida. *Novela*.......................	3,50
El demonio de la voluptuosidad. *Novela*.............	3,50
Las flechas del amor. *Novela*.......................	3,50
Waldo A. Insúa.	
La boca de la esfinge................................	3
Juan R. Jiménez.	
Pastorales...	3,50
Baladas de primavera.................................	2
Elegías puras..	2
Elegías intermedias..................................	2
Elegías lamentables..................................	2
La soledad sonora....................................	3,50
Ricardo León.	
Casta de hidalgos. *Novela. Segunda edición*.........	3,50
Comedia sentimental. *Novela. Segunda edición*........	3,50

	Pesetas.
Alcalá de los zegríes. *Novela. Segunda edición.*	3,50
La escuela de los sofistas	3,50
El amor de los amores. *Novela*	3,50
Alivio de caminantes. *Poesías*	3,50
Los centauros. *Novela*	3,50

Rafael Leyda.

Los faldones de Mexia. *Novela*	2

M. Linares Rivas.

La raza	3
Teatro. I.—Aires de fuera.—El abolengo.—Marie Victoria.	3,50

Luis López Ballesteros.

La cueva de los buhos. *Novela*	3
Lucha extraña. *Novela*	3

Rafael López de Haro.

NOVELAS

Sirena	3,50
Entre todas las mujeres	3,50
Poseída	3,50

J. López Pinillos.

Doña Mesalina. *Novela*	3,50
Las águilas. *De la vida del torero. Novela*	3,50
La sangre de Cristo. *Novela*	3

M. López Roberts.

Las de García Triz	2
El porvenir de Paco Tudela. *Novela*	3
Doña Martirio. *Novela*	3

José López Silva.

La musa del arroyo. *Poesías*	3,50

López Silva y Fernández Shaw. Pesetas.

Sainetes madrileños.—La revoltosa.—La chavala.—Las bravías.—Los buenos mozos........................ 3,50

Antonio Machado.

Tierras de España. *Poesías*..... 3,50

Manuel Machado.

Apolo. *Poesías con fototipias de obras maestras de los mejores pintores*.......................... 3,50
El mal poema. *Poesías*.......................... 3

Eduardo Marquina.

Las hijas del Cid. *Premiada por la Real Academia Española*.................................... 2,50
Doña María la Brava. *Segunda edición*.............. 3,50
En Flandes se ha puesto el sol. *Premiada por la Real Academia Española. Segunda edición*.... 3,50
La alcaidesa de Pastrana.......................... 2,50
Vendimión...................................... 3,50

G. Martínez Sierra.

El poema del trabajo.—Diálogos fantásticos.—Flores de escarcha. *Segunda edición*......................... 3,50
Sol de la tarde. *Novelas. Segunda edición*........... 3,50
Teatro de ensueño. *Tercera edición*.................. 3,50
La tristeza del Quijote.—Ensayos. *Dibujos de Ricardo Marín*....................................... 4
El agua dormida. *Novelas*......................... 3,50
La casa de la primavera. *Poesías*.................... 3,50

TEATRO

I.—La sombra del padre.—El ama de la casa.—Hechizo de amor. *Segunda edición*........................ 3,50
II.—Canción de cuna.—Lirio entre espinas.—El Ideal. *Segunda edición*.............................. 3,50
Primavera en otoño.............................. 3,50

	Pesetas.
Enrique de Mesa.	
Flor pagana	3
Andanzas serranas	1,50
Jorge Ohnet.	
Lise Fleuron. *Novela*	3
El gran Margall *Novela*	3
Las señoras de Croixmort	3
Negro y rosa. *Novela*	2,50
Ultimo amor. *Novela*	3,50
Condesa de Pardo Bazán.	
OBRAS COMPLETAS	
Tomo I.—La cuestión palpitante. *Cuarta edición.*	3
Tomo II.—La piedra angular. *Novela*	3
Tomo III.—Los pazos de Ulloa. *Novela. Tercera edición.*	3,50
Tomo IV.—La madre naturaleza. *Novela. Tercera edición.)*	3,50
Tomo V.—Cuentos de Marineda. *Segunda edición*	3
Tomo VI.—Polémicas y estudios literarios. *Segunda edición*	3
Tomo VII.—Insolación.—Morriña. *Novelas. Tercera edición*	3,50
Tomo VIII.—La Tribuna. *Novela*	3
Tomo IX.—De mi tierra, *Segunda edición*	3
Tomo X.—Cuentos nuevos. *Segunda edición*	3,50
Tomo XI.—Doña Milagros. *Novela. Segunda edición*	3,50
Tomo XII.—Los poetas épicos cristianos. *Segunda edición*	3,50
Tomo XIII.—Novelas ejemplares. *Segunda edición*	3,50
Tomo XIV.—Memorias de un solterón. *Novela. Segunda edición*	3,50
Tomo XV. — El saludo de las brujas. *Novela. Segunda edición.)*	4
Tomo XVI.—Cuentos de amor. *Tercera edición*	3,50
Tomo XVII.—Cuentos sacroprofanos. *Segunda edición*	4,50
Tomo XVIII.—El niño de Guzmán. *Segunda edición*	2,50

	Pesetas.
Tomo XIX.—Al pie de la torre Eiffel.—Por Francia y por Alemania. *Tercera edición*........................	3
Tomo XX.—Un destripador de antaño. *Historias y cuentos regionales. Segunda edición*..................	3,50
Tomo XXI.—Cuarenta dias en la Exposición. *Segunda edición*......................................	3,50
Tomo XXII.—Una cristiana. — La prueba. *Novelas. Segunda edición*..............................	5
Tomo XXIII.—En tranvía. *Cuentos dramáticos. Segunda edición*..................................	3,50
Tomo XXIV.—De siglo á siglo.—1896-1901. *Segunda edición*......................................	3,50
Tomo XXV.—Cuentos de Navidad y Reyes.—Cuentos de la patria.—Cuentos antiguos.....................	3,50
Tomo XXVI.—Por la Europa Católica................	3,50
Tomo XXVII.—San Francisco de Asís. *Primera parte. Tercera edición*..............................	3
Tomo XXVIII.—San Francisco de Asís. *Segunda y última parte. Tercera edición*........................	3
Tomo XXIX.—La quimera. *Tercera edición*..........	5
Tomo XXX.—Un viaje de novios.—El tesoro de Gastón. *Novelas. Segunda edición*......................	6
Tomo XXXI.—El fondo del alma. *Cuentos*............	3,50
Tomo XXXII.—Retratos y apuntes literarios..........	4
Tomo XXXIII.—La revolnción y la novela en Rusia. *Tercera edición*.................................	1,50
Tomo XXXIV.—Mi romería. *Tercera edición*..........	1
Tomo XXXV.—*Teatro:* Verdad.—Cuesta abajo.—Juventud.—Las raíces.—El vestido de boda.—El becerro de metal.—La suerte............................	4,50
Tomo XXXVI.—Sud exprés. *Cuentos*................	3,50
Tomo XXXVII.—La literatura francesa moderna.—I. El romanticismo.....................................	4
Tomo VXXVIII.—Dulce dueño. *Novela*...............	3,50
Pascual López. *Novela*............................	3,50
El cisne de Vilamorta. *Novela*......................	3,50
La sirena negra. *Novela*...........................	3,50

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Pesetas.

DIRIGIDA POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

I.—*Sección religiosa.* — Vida de la Virgen María, *por la venerable de Agreda*...... 3
II.—*Sección sociológica.*— La esclavitud femenina, *por John Stuart Mill. Prólogo de la condesa de Pardo Bazán*.................................... 3
III.—*Sección novelesca.* — Novelas escogidas, *de doña María de Zayas*................................ 3
IV.—*Sección bibliográfica.* —Reinar en secreto, *por el jesuíta P. Mercier*............................ 3
V.—*Sección histórica.* — Historia de Isabel la Católica, *por el barón de Nervo, y* Elogio de la misma reina, *por don Diego de Clemencín*..................... 3
VI.—*Sección pedagógica.* — La instrucción de la mujer cristiana. — Tratado de las Vírgenes, *por Juan Luis Vives*.. 3
VII.—*Sección crítica.*—La mujer ante el socialismo, *por Augusto Bebel*................................ 3

R. Pérez de Ayala.

La paz del sendero. *Poesías*........................ 3
Tinieblas en las cumbres. *Novela*..................... 3,50
A. M. D. G. *La vida en los colegios de jesuítas. Novela*.. 3,50

Benito Pérez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES

Primera serie.—Trafalgar.—La corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.

Segunda serie.—El equipaje del rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos

Tercera serie.—Zumalacárregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas reales.

Cuarta serie.—Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápida.—La vuelta al mundo de la «Numancia».—Prim.—La de los tristes destinos.

Ultima serie.—España sin rey.—España trágica.—Amadeo I. La primera República.

Cada uno de los tomos anteriores se venden sueltos en rústica al precio de 2 pesetas volumen.

Pero esta Casa, deseando facilitar los medios de coleccionar esta hermosa serie de novelas históricas, ha confeccionado unas tapas alegóricas con las cuales se encuadernan en un tomo dos volúmenes, siempre conservando su orden correlativo.

Precio de cada dos volúmenes encuadernados en un tomo, 5 pesetas.

Se venden tapas sueltas á una peseta.

NOVELAS Á 2 PESETAS TOMO

Doña Perfecta. — Gloria. *Primera parte.* — Gloria. *Segunda parte.* — Marianela. — La familia de León Roch. *Primera parte.* La familia de León Roch. *Segunda parte.* — La Fontana de Oro. El audaz.—La sombra.—Memoranda.

NOVELAS Á 3 PESETAS TOMO

La desheredada. *Primera parte.* — La desheredada. *Segunda parte.* — El amigo Manso. — El doctor Centeno. *Primera parte.* El doctor Centeno. *Segunda parte.*— Tormento.— La de Bringas. Lo prohibido. *Primera parte.* — Lo prohibido. *Segunda parte.* — Fortunata y Jacinta. *Primera parte.* — Fortunata y Jacinta. *Segunda parte.* — Fortunata y Jacinta. *Tercera parte.* — Fortunata y Jacinta. *Cuarta parte.* — Miau.— La incógnita. — Realidad. — Angel Guerra. *Primera parte.* — Angel Guerra. *Segunda parte.*— Angel Guerra. *Tercera parte.*— Tristana.— La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la

cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro. Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El abuelo.—Casandra.

COMEDIAS Y DRAMAS Á 2 PESETAS TOMO

Realidad (drama).—La loca de la casa (comedia).—La de San Quintín (comedia).—Los condenados (drama).—Voluntad (comedia).—Doña Perfecta (drama).—La fiera (drama).—Electra (drama).—Alma y vida.—Mariucha.—Bárbara.—Amor y ciencia.—Pedro Minio.

Santiago Pérez Triana.

	Pesetas.
De Bogotá al Atlántico	3,50
Cuentos á Sonny	2

Jacinto Octavio Picón.

Cuentos de mi tiempo	3,50

OBRAS COMPLETAS

I.—Dulce y sabrosa. *Novela*	4
II.—La honrada. *Novela*	4
III.—Juanita Tenorio. *Novela*	4
IV.—Mujeres. *Novelas*	3,50
V.—Sacramento. *Novela*	3,50

Jaime Quiroga Pardo Bazán.

Notas de un viaje por la Italia del Norte	3,50
Aventuras de un francés, un alemán y un inglés en el siglo XIX	3,50

Santiago Rusiñol.

TRADUCCIONES DE G. MARTÍNEZ SIERRA

El pueblo gris. *Segunda edición*	3,50
Un viaje al Plata	3,50
Aleluyas del señor Esteban. *Novela*	3,50

José María Salaverría.

Vieja España	2,50
Las sombras de Loyola	2

Pesetas.

R. Sánchez Díaz.

Jesús en la fábrica. *Novela* 3,50

Alejandro Sawa.

Iluminaciones en la sombra........................ 3,50

Felipe Trigo.

NOVELAS

Las ingenuas. *Dos tomos. Quinta edición* 7
La sed de amar. *Tercera edición* 3,50
Alma en los labios. *Tercera edición*.................. 3,50
Del frío al fuego. *Tercera edición*.................. 3,50
La Altísima. *Tercera edición* 3,50
La bruta. *Tercera edición*........................ 3,50
La de los ojos de color de uva. *Cuarta edición*......... 3,50
Sor Demonio. *Tercera edición* 3,50
En la carrera. *Segunda edición*..................... 3,50
Cuentos ingenuos. *Segunda edición*.................. 2
La clave. *Tercera edición*.......................... 3,50
Las Evas del Paraíso.............................. 3,50
Las posadas del amor.............................. 3,50
El médico rural.................................. 3,50

ESTUDIOS

Socialismo individualista. *Cuarta edición*............. 3,50
El amor en la vida y en los libros. *Tercera edición* 3,50

Miguel de Unamuno.

Mi religión y otros ensayos 3,50
Por tierras de Portugal y España...................... 3,50
Paz en la guerra. *Novela*......................... 4

Luis Valera.

Sombras chinescas. *Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio*................................... 5
Visto y soñado. *Novelas* 3
Del antaño quimérico. *Novelas cortas*................ 3
De la muerte al amor. *Novela*...................... 4

	Pesetas.
Ramón del Valle Inclán.	
Aguila de blasón	3,50
El yermo de las almas	3,50
Cofre de sándalo	3,50
Cuento de Abril	3,50
Los cruzados de la causa	4,50
El resplandor de la hoguera	3,50
Gerifaltes de antaño	3 50
Las banderas del rey	3,50
Voces de Gesta	3,50
Francisco Villaespesa.	
Andalucía. *Poesías*	3,50
El espejo encantado. *Poesías*	3,50
A. Vivero y A. de la Villa.	
Cómo cae un trono: La revolución en Portugal	3,50
Eduardo Zamacois.	
El otro. *Novela*	3,50
José Zorrilla.	
Leyendas. *Edición monumental, á todo lujo, ilustrada por los mejores pintores españoles, con magníficas tapas*	80
Obras dramáticas. *Cuatro tomos, lujosamente encuadernados*	30

BIBLIOTECA CLÁSICA

COLECCION DE 225 TOMOS, QUE SE VENDEN Á 3 PESETAS CADA UNO EN RÚSTICA Y Á 4 PESETAS ENCUADERNADOS EN PASTA ESPAÑOLA

Clásicos griegos.

HOMERO: La Iliada (tres tomos). La Odisea (dos).—HERODOTO: Los nueve libros de la Historia (dos).—PLUTARCO: Las vidas paralelas (cinco).—ARISTÓFANES: Teatro completo (tres).—ESQUILO: Teatro completo (uno).—POETA BUCÓLICOS GRIEGOS: Demócrito, Bión y Mosco (uno).—XENOFONTE: Historia de la entrada de Cyro en Asia (uno).—La Cyropedia (uno).—Las Helénicas (uno).—LUCIANO: Obras completas (cuatro).—PÍNDARO: Odas (uno).—ARRIANO: Las expediciones de Alejandro (uno).—POETAS LÍRICOS GRIEGOS: Anacreonte, Safo, Mirteo, etc. (uno).—POLIBIO: Historia romana (tres).—PLATÓN: La República (dos).—DIÓGENES LAERCIO: Vidas de los filósofos más ilustres (dos).—MORALISTAS GRIEGOS: Marco Aurelio, Teofrasto, Epictecto, Cebes (uno).—TUCÍDIDES: Historia de la guerra del Peloponeso (dos).—JOSEFO: Guerras de los judíos (dos).—ISÓCRATES: Oraciones, políticas y forenses (dos).

Clásicos latinos.

VIRGILIO: La Eneida (dos tomos). Las Eglogas y Geórgicas (uno). CICERÓN: Obras didácticas (dos). Obras filosóficas (cuatro). Epístolas familiares (dos). Cartas políticas (dos). Vidas y discursos (siete). TÁCITO: Los Anales (dos). Las Historias (uno).—SALUSTIO: Conjuración de Catilina. Guerra de Jugurta (uno).—CÉSAR: Los Comentarios á la guerra de las Galias (dos).—SUETONIO: Vidas de los doce Césares (uno) —SÉNECA: Tratados filosóficos (dos). Epístolas morales (uno).—OVIDIO: Las Heroídas (uno). Las Metamorfosis (dos): FLORO: Compendio de la Historia romana (uno).—QUINTILIANO Instituciones oratorias (dos).—QUINTO CURCIO: Vida de Alejandro (dos).—ESTACIO: La Tebaida (dos).—LUCANO: La Farsalia (dos).—TITO LIVIO: Décadas de la Historia romana (siete).—TERTULIANO: Apología contra los gentiles (uno).—VARÍOS: Escritores de la Historia Augusta (tres).—MARCIAL Y FEDRO: Epigramas y fábulas (tres).—TERENCIO: Las seis comedias (uno).—APULEYO: El asno de oro (uno).—PLINIO EL JOVEN Y CORNELIO NEPOTE; Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres (dos).—JUVENAL

y Persio: Sátiras (uno).—Aulo Gelio: Noches áticas (dos).—San Agustín: La Ciudad de Dios (cuatro).—Ammiano: Historia del Imperio romano (dos). — Lucrecio: De la naturaleza de las cosas (uno).

Clásicos españoles.

Cervantes: Novelas ejemplares y Viajes del Parnaso (dos tomos). Don Quijote de la Mancha, con el comentario de Clemencín (ocho). — Teatro completo (tres). — Calderón: Teatro selecto (cuatro).—Hurtado de Mendoza: Obras en prosa (uno).—Quevedo: Obras satíricas y festivas (uno). Obras políticas é históricas (dos). Política de Dios (uno). Quintana: Vidas de españoles célebres (dos). — Duque de Rivas: Sublevación de Napoles (uno).—Alcalá Galiano: Recuerdos de un anciano (uno).—Melo: Guerra de Cataluña (uno).—Varios: Antología de poetas líricos castellanos, ordenada por Menéndez y Pelayo, con estudios críticos del mismo (doce). — Colón: Relaciones y cartas (uno). =Rojas: La Celestina (uno).

Clásicos ingleses.

Macaulay: Estudios literarios (un tomo). Estudios históricos (uno). Estudios políticos (uno). Estudios biográficos (uno). Estudios críticos (uno). Estudios de política y literatura (uno). Discursos parlamentarios (uno). Vidas de políticos ingleses (uno). Historia de la Revolución de Inglaterra (cuatro). Historia del reinado de Guillermo III (seis).—Milton: El Paraíso perdido (dos). Shakespeare: Teatro selecto (ocho).

Clásicos italianos.

Manzoni; Los novios (un tomo). La moral católica (uno). Tragedias, poesías y obras varias (dos). — Guicciardini: Historia de Italia (seis).—Maquiavelo: Obras históricas (dos). Obras políticas (dos). — Benvenuto Cellini: Su vida, escrita por él mismo (dos).—Tasso: La Jerusalén libertada (dos).

Clásicos alemanes.

Schiller: Teatro completo (tres tomos). Poesías líricas (dos).—Heine: Poemas y fantasías (uno). Cuadros de viaje (dos). — Goe-

THE: Viaje á Italia (dos). Teatro selecto (dos).—HUMBOLDT: Colón y el descubrimiento de América (dos).

Clásicos franceses.

LAMARTINE: Civilizadores y conquistadores (dos tomos). — BOSSUET: Oraciones fúnebres (uno).

OBRAS COMPLETAS DE

Julio Verne.

ILUSTRADAS CON GRABADOS

	Pesetas.
Los ingleses en el Polo Norte. Un volumen.............	0,75
El desierto de hielo. Un volumen.....................	1
Cinco semanas en globo. Dos volúmenes..............	2
Viaje al centro de la tierra. Un volumen...............	1
Los hijos del capitán Grant en la América del Sur. Un volumen...	0,75
Los hijos del capitán Grant en la Australia. Un volumen...	1
Los hijos del capitán Grant en el Océano Pacífico. Un volumen...	1
De la tierra á la luna. Un volumen...................	0,75
Alrededor de la luna. Segunda parte de la tierra á la luna.) Un volumen............................	1,25
Un descubrimiento prodigioso. Un volumen............	0,50
Veinte mil leguas de viaje submarino. (Primera parte: Del Atlántico al Pacífico.) Un volumen................	1
Veinte mil leguas de viaje submarino. (Segunda parte: Del Pacífico al Atlántico.) Un volumen................	1,25
Una ciudad flotante. Un volumen.....................	0,75
De Glasgow á Charleston. Un volumen...............	0,50
Aventuras de tres rusos y de tres ingleses en el Africa Austral. Un volumen...........................	1
Un capricho del doctor Ox. Un volumen..............	0,75
La vuelta al mundo en ochenta días. Dos volúmenes....	2
Una invernada entre los hielos. (El capitán Corbutte.) Un volumen...	0,50
Maese Zacarías.—Un drama en los aires. (Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta.) Un volumen..	0,50

	Pesetas.
La isla misteriosa. (Primera parte: Los náufragos del aire.) Un volumen	1,25
La isla misteriosa. (Segunda parte: El abandonado.) Un volumen	1,25
La isla misteriosa. (Tercera parte: El secreto de la isla.) Un volumen	1,25
El Chancellor. Un volumen	1
Martín Paz. Un volumen	0,50
El país de las pieles. Dos volúmenes	2,50
Los grandes viajes y los grandes viajeros. Un volumen	1
Miguel Strogoff. Dos volúmenes	2,50
Las Indias negras. Un volumen	1,25
Héctor Servadac. Dos volúmenes	2,50
Un capitán de quice años. Dos volúmenes	2,50
Los descubrimientos del globo. Cuatro volúmenes	5
Los quinientos millones de la princesa. Un volumen	1,25
Los amotinados de la Bounty.—Un drama en México. (Estas dos novelitas, encuadernadas bajo cubierta.) Un volumen	0,50
Las tribulaciones de un chino en China. Un volumea	1,25
Los grandes navegantes del siglo XVIII. Cuatro volúmenes	5
La casa de vapor. Cuatro volúmenes	4
Los grandes exploradores del siglo XIX. Cuatro volúmenes	4
La jangada. Cuatro volúmenes	3,75
Diez horas de caza. Un volumen	0,75
El rayo verde. Dos volúmenes	2
Escuela de los Robinsones Dos volúmenes	2
Kerabán el Testarudo. Cuatro volúmenes	4
El archipiélago de fuego. Dos volúmenes	2
La estrella del Sur. Dos volúmenes	2
Matías Sandorf. Cinco volúmenes	5
Robur el Conquistador. Dos volúmenes	2
Un billete de lotería. Dos volúmenes	2
Norte contra Sur. Cuatro volúmenes	4
El náufrago de Cynthia. Dos volúmenes	2
El camino de Francia. Dos volúmenes	2
Dos años de vacaciones. Cuatro volúmenes	4

	Pesetas.
Familia sin nombre. Cuatro volúmenes	4
El secreto de Maston. Dos volúmenas	2
César Cascabel. Cuatro volúmenes	4
Mistress Branican. Cuatro volúmenes	4
El castillo de los Cárpatos. Dos volúmenes	2
Claudio Bombarnac. Dos volúmenes	2
Aventuras de un niño irlandés. Tres volúmenes	3
Maravillosas aventuras de Antifer. Tres volúmenes	3
La isla de Hélice. Tres volúmenes	3
Ante la bandera. Un volumen	1,25
Clovis Dardentor. Un volumen	1,25
El esfinge de los hielos. Tres volúmenes	3
El soberbio Orinoco. Tres volúmenes	3
El testamento de un excéntrico. Tres volúmenes	3
Segunda patria. Tres volúmenes	3
El pueblo aéreo. Un volumen	1,25
Las historias de Juan María Cabidoulin. Un volumen	1,25
Los hermanos Kip. Tres volúmenes	3
Los piratas del *Halifax*. Tres volúmenes	3
Un drama en Livonia. Dos volúmenes	2
Dueño del mundo. Dos volúmenes	2
La invasión del mar. Dos volúmenes	2
El faro del fin del mundo. Dos volúmenes	2
El volcán de oro. Tres volúmenes	3
La agencia Thompson y Compañía. Tres volúmenes	3
La caza del meteoro. Dos volúmenes	2
El piloto del Danubio. Dos volúmenes	2
Los náufragos del *Jonhatan*. Tres volúmenes	3
El secreto de Wilhelm Storitz. Un volumen	1,25
Ayer y mañana. Un volumen	1,25

Los Editores han adquirido el derecho exclusivo de publicar en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.

Para la encuadernación de las obras de Verne hemos *hecho unas preciosas tapas, que se venden al precio de DOS PESETAS cada una.*



OBRAS DE PIO BAROJA

NOVELAS

PARADOX, REY	3,00
LA BUSCA	3,50
MALA HIERBA	3,50
AURORA ROJA.—(Segunda edición)	3,50
LOS ÚLTIMOS ROMÁNTICOS	3,00
LAS TRAGEDIAS GROTESCAS	3,00
LA DAMA ERRANTE	3,00
LA CIUDAD DE LA NIEBLA	3,00
CÉSAR Ó NADA	4,00
LAS INQUIETUDES DE SHANTI ANDIA	3,50
EL ÁRBOL DE LA CIENCIA	3,50

